AMÉLIE NOTHOMB

Metafísica de los tubos

Metafísica de los tubos cuenta los primeros tres años de vida de un ser obsesionado por el agua que, disconforme con su entorno, adopta la inerte forma de tubo como condición existencial. Con la crueldad, el realismo y el peculiar humor al que nos tiene acostumbrados, Amélie Nothomb rememora, a través de una narración que combina filosofía y fontanería, episodios de su infancia japonesa, transcurrida en Osaka. Que la protagonista de esta novela sea un bebé superdotado que opta por vegetar, que se autoproclama Dios y que se niega a manifestar sus emociones hasta que descubre el sentido de la vida en una barrita de chocolate y la muerte en un estanque habitado por repugnantes carpas, constituye un acto de coherencia con un universo literario en el que la obsesión por venerar el paraíso de la infancia es un tema recurrente. *Metafísica de los tubos* constituye uno de los relatos más autobiográficos de la autora que, al igual que en la inolvidable y aplaudida *Estupor y temblores*, que fue galardonada con el Grand Prix de la Academia Francesa, construye aquí una trama original, de poética anfibia, que vuelve a deslumbrarnos con fogonazos de humor descarnado e impactante.

«Su lucidez, su inteligencia, su apacible locura producen un efecto maravilloso y su humor borra la crueldad del testimonio y la ambición del proyecto». (Hugo Marsan, *Le Monde*).

«Qué divertido resulta descubrir esta Metafísica tan alegre, tan melancólica». (Jean-Frangois Josselin, *Le Nouvel Observateut*).

«Mezclando las referencias bíblicas con su experiencia personal, Nothomb nos invita a una relectura de los axiomas fundamentales pasados por el tamiz de su capacidad para inventar». (A. Lemasson, *Magazine Littéraire*).

«El atrevimiento de Amélie Nothomb, su gravedad, servidos con un humor feroz y una escritura desprovista de cualquier efecto, consiguen una adhesión sin restricciones». (Michel Abescat, *Télérama*).

Amélie Nothomb

Metafísica de los tubos

ePub r1.6
Titivillus 10.12.16

Título original: *Métaphysique des tubes*
Amélie Nothomb, 2000
Traducción: Sergi Pámies
Foto: Juliette y Amélie Nothomb
Fotográfo: Daniéle Nothomb
Diseño de portada: Julio Vivas

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas

1. r1.4 alex_90
2. r1.5 Stonian
3. r1.6 Galois

ePub base r1.2

En el principio no había nada. Y esa nada no estaba ni vacía ni era indefinida: se bastaba sola a sí misma. Y Dios vio que aquello era bueno. Por nada del mundo se le habría ocurrido crear algo. La nada era más que suficiente: lo colmaba.

Dios tenía los ojos perpetuamente abiertos y fijos. Si hubieran estado cerrados, nada habría cambiado. No había nada que ver y Dios nada miraba. Se sentía repleto y compacto como un huevo duro, cuya redondez e inmovilidad también poseía.

Dios era la satisfacción absoluta. Nada deseaba, nada esperaba, nada percibía, nada rechazaba y por nada se interesaba. La vida era plenitud hasta tal punto que ni siquiera era vida. Dios no vivía, existía.

Para él, su existencia no había tenido un principio perceptible. Algunos grandes libros comienzan con unas primeras frases tan poco llamativas que uno las olvida inmediatamente y tiene la impresión de vivir instalado en esa lectura desde el principio de los tiempos. De igual modo, resultaba imposible señalar el momento en el que Dios había empezado a existir. Era como si siempre hubiese existido.

Dios carecía de lenguaje y, por consiguiente, también de pensamiento. Era todo saciedad y eternidad. Y ese todo demostraba hasta qué punto Dios era Dios. Y esa evidencia carecía de importancia, ya que a Dios le traía sin cuidado ser Dios.

Los ojos de los seres vivos poseen la más sorprendente de las virtudes: la mirada. No existe nada tan singular. De las orejas de las criaturas no decimos que poseen una «escuchada», ni de sus narices que poseen una «olida» o una «aspirada».

¿Qué es la mirada? Ninguna palabra puede aproximarse a su extraña esencia. Y, sin embargo, la mirada existe. Incluso podría decirse que pocas realidades existen hasta tal punto.

¿Cuál es la diferencia entre los ojos que poseen una mirada y los ojos que no la poseen? Esta diferencia tiene un nombre: la vida. La vida comienza donde empieza la mirada.

Dios carecía de mirada.

Las únicas actividades de Dios eran la deglución, la digestión y, como

consecuencia directa, la excreción. Esas actividades vegetativas pasaban por el cuerpo de Dios sin que él se diera cuenta. Los alimentos, siempre los mismos, no resultaban lo suficientemente estimulantes para que él los percibiera. Algo parecido ocurría con la bebida. Dios abría todos los orificios necesarios para que los alimentos y líquidos lo atravesaran.

Ésta es la razón por la cual, llegados a este punto de su desarrollo, llamaremos a Dios el tubo.

Existe una metafísica de los tubos. Sobre los tubos, Slawomir Mrozek ha escrito palabras que uno no sabe si son abrumadoras en su profundidad o extraordinariamente desternillantes. Quizás sean ambas cosas a la vez: los tubos son una singular mezcla de plenitud y vacío, de materia hueca, una membrana de existencia que protege un haz de inexistencia. La manguera es la versión flexible del tubo: su blandura no la convierte por ello en algo menos enigmático.

Dios poseía la flexibilidad de la manguera, pero seguía siendo rígido e inerte, confirmando así su naturaleza de tubo. Conocía la serenidad absoluta del cilindro. Filtraba el universo y nada retenía.

Los padres del tubo estaban preocupados. Consultaron a los médicos para que analizaran el caso de aquel segmento de materia que parecía carecer de vida.

Los médicos lo manipularon, dieron unos golpecitos sobre algunas de sus articulaciones para comprobar si poseía mecanismos reflejos y constataron que carecía de ellos. Los ojos del tubo no pestañearon cuando los practicantes los examinaron con una lámpara:

—Esta criatura no llora nunca, no se mueve jamás. No emite sonido alguno —dijeron sus padres.

Los médicos diagnosticaron una «apatía patológica», sin reparar en que se trataba de una contradicción en los términos.

—Su bebé es un vegetal. Es muy preocupante.

Los padres se sintieron aliviados por lo que consideraron una buena noticia. Un vegetal era vida.

—Hay que hospitalizarlo —decretaron los doctores.

Los padres ignoraron aquella orden tajante. Tenían ya dos hijos que pertenecían a la especie humana: no les parecía inaceptable tener, además, progenitura vegetal. Incluso les producía cierta ternura.

Le llamaron cariñosamente «La Planta».

Pero todos se equivocaban. Ya que las plantas, incluso las verduras, no por el hecho de tener una vida imperceptible al ojo humano dejan de tener vida. Se estremecen ante la proximidad de la tempestad, lloran de felicidad con el amanecer, se blindan de desprecio cuando alguien las agrede o se entregan a la danza de los siete velos con la llegada de la estación del polen. Poseen una mirada, eso está fuera de toda duda, aunque nadie sepa en qué lugar tienen las pupilas.

El tubo, en cambio, era pura y simple pasividad. Nada le afectaba, ni los cambios de clima, ni el anochecer, ni los cien pequeños tumultos cotidianos, ni los grandes e insondables misterios del silencio.

Los terremotos semanales del Kansai, que hacían llorar de angustia a sus dos hermanos mayores, no le producían ningún efecto. La escala de Richter no iba con él. Una noche, un seísmo de 5,6 derrumbó la montaña que dominaba la casa; unas placas

del techo se hundieron sobre la cuna del tubo. Cuando retiraron los escombros, era la viva expresión de la indiferencia: sus ojos miraban fijamente, aunque sin verlos, a aquellos patanes llegados para perturbarle, con lo calentito que estaba debajo de las ruinas.

A los padres les divertía la flema de su Planta y decidieron ponerla a prueba. Dejarían de darle bebida y comida hasta que la reclamase: de este modo se vería obligada, tarde o temprano, a reaccionar.

Pero quien ríe el último ríe mejor: el tubo aceptó la inanición como lo aceptaba todo, sin el menor asomo de desaprobación o de asentimiento. Comer o no comer, beber o no beber, le daba lo mismo: ser o no ser, aquélla no era la cuestión.

Al término del tercer día, los estupefactos padres del tubo lo examinaron: había adelgazado un poco y sus labios entreabiertos estaban resecos, pero, por lo demás, no parecía encontrarse mal. Le administraron un biberón de agua azucarada que se tomó sin pasión alguna.

—Esta criatura se habría dejado morir sin quejarse —dijo la madre horrorizada.

—No le comentemos nada a los médicos —dijo el padre—. Nos tomarían por sádicos.

En realidad, los padres no eran sádicos: estaban simplemente horrorizados al comprobar que su retoño carecía de instinto de supervivencia. Les pasó fugazmente por la cabeza que su bebé no era una planta, sino un tubo: rechazaron de inmediato aquella idea insostenible.

Los padres eran de naturaleza despreocupada y pronto olvidaron el episodio del ayuno. Tenían tres hijos: un niño, una niña y un vegetal. Aquella diversidad les gustaba, más aún teniendo en cuenta que los dos mayores no dejaban de correr, saltar, chillar, pelearse e inventar nuevas estupideces: siempre había que ir detrás de ellos para vigilarles.

Con el menor, por lo menos, no tenían ese tipo de preocupaciones. Podían dejarlo días enteros sin canguro: por la noche, lo encontraban en la misma posición que por la mañana. Le cambiaban los pañales, lo alimentaban, y ya era suficiente. Un pez rojo en un acuario les habría ocasionado más molestias.

Además, a excepción de su ausencia de mirada, el tubo era de apariencia normal: era un hermoso y tranquilo bebé que uno podía mostrar a las visitas sin avergonzarse. Los otros padres incluso sentían envidia.

En realidad, Dios era la encarnación de la fuerza de inercia, la más poderosa de las fuerzas. También la más paradójica de las fuerzas: ¿existe acaso algo más extraño que ese implacable poder que emana de lo que no se mueve? La fuerza de inercia representa el poder de lo larval. Cuando un pueblo rechaza un adelanto fácil de llevar a cabo, cuando un vehículo empujado por diez personas continúa sin moverse, cuando un niño se apoltrona durante horas delante del televisor, cuando una idea cuya inanidad ya ha sido demostrada sigue causando estragos, uno descubre, con estupefacción, la tremenda influencia de lo inmóvil.

Tal era el poder del tubo.

No lloraba nunca. Ni siquiera en el momento de nacer había emitido quejas ni sonido alguno. Sin duda, el mundo no debió de parecerle ni conmovedor ni apasionante.

Al principio, la madre intentó darle el pecho. Ante la visión del seno alimenticio, ningún fulgor iluminó los ojos del bebé: permaneció quieto, sin hacer nada, con las narices a un centímetro del seno. Molesta, la madre le metió el pezón en la boca. Dios apenas chupó. Entonces la madre decidió no darle el pecho.

Acertó: el biberón se correspondía mejor con la naturaleza del tubo, que se identificaba con aquel recipiente cilindrico, mientras que la rotundidad mamaria no le inspiraba ningún vínculo de familiaridad.

Así pues, la madre le daba el biberón varias veces al día, sin percatarse de que, actuando de aquel modo, estaba garantizando la conexión entre dos tubos. La alimentación divina era una forma de fontanería.

«Todo fluye», «Todo es movimiento», «Nunca nos bañamos en el mismo río», etc. El pobre Heráclito se habría suicidado de haber conocido a Dios, que era la negación de su visión fluida del universo. Si el tubo hubiera poseído alguna forma de lenguaje, le habría respondido al pensador de Éfeso: «Todo se coagula», «Todo es inercia», «Siempre nos bañamos en la misma ciénaga», etc.

Afortunadamente, ninguna forma de lenguaje resulta posible sin la idea de movimiento, que constituye uno de sus motores iniciales. Y ningún tipo de pensamiento resulta posible sin lenguaje. Los conceptos filosóficos de Dios no eran, pues, ni pensables ni comunicables: por consiguiente, no podían perjudicar a nadie y eso era bueno, ya que semejantes principios habrían socavado la moral de la humanidad durante mucho tiempo.

Los padres del tubo eran de nacionalidad belga. Por consiguiente, Dios era belga, lo cual explicaba bastantes de los desastres acaecidos desde el principio de los tiempos. Nada hay de extraño en ello: Adán y Eva hablaban flamenco, como ya demostró científicamente un sacerdote de los Países Bajos hace ya algunos siglos.

El tubo había hallado una ingeniosa solución para resolver los conflictos lingüísticos nacionales: no hablaba, nunca había dicho nada, ni siquiera había emitido el más mínimo sonido.

Pero su mutismo no preocupaba tanto a sus padres como su inmovilidad. Cumplió un año sin haber esbozado su primer movimiento. Los otros bebés daban ya sus primeros pasos, mostraban sus primeras sonrisas, sus primeros algo. Dios, en cambio,

no dejaba de hacer su primer nada de nada.

Y todavía resultaba más extraño teniendo en cuenta que crecía. Su crecimiento era absolutamente normal. Era el cerebro el que no respondía. Sus padres lo afrontaban con perplejidad: en su casa existía una nada que ocupaba cada vez más espacio.

Pronto la cuna se le hizo pequeña. Hubo que trasladar al tubo a una cama-jaula que ya habían utilizado su hermano y su hermana.

—Quizás este cambio le haga despertar —deseó la madre.

Aquel cambio nada cambió.

Desde el principio del universo, Dios dormía en la habitación de sus padres. Lo menos que pudiera decirse es que no les molestaba. Una planta verde habría sido más ruidosa. Ni siquiera los miraba.

El tiempo es una invención del movimiento. Aquel que no se mueve no ve pasar el tiempo.

El tubo no tenía conciencia alguna del transcurrir del tiempo. Alcanzó la edad de dos años como habría alcanzado la de dos días o dos siglos. Continuaba sin cambiar de posición, ni siquiera sentía la tentación de intentarlo: permanecía tumbado de espaldas, con los brazos a lo largo del cuerpo, como una estatua minúscula.

Entonces la madre lo levantó por las axilas para ponerlo en pie: el padre le ayudó a que, con sus pequeñas manos, se sujetara a los barrotes de la cama-jaula para que tuviera una idea de cómo mantenerse por sí mismo. Luego, dejaron que aquel edificio se desmoronase: Dios cayó de espaldas y, en absoluto afectado, prosiguió su meditación.

—Necesita música —dijo la madre—. A los niños les gusta la música.

Mozart, Chopin, los discos de los *101 dálmatas*, los Beatles y el *shaku hachi* produjeron en la sensibilidad de la criatura la misma ausencia de reacción.

Los padres renunciaron a convertirlo en músico. De hecho, renunciaron a convertirlo en un ser humano.

La mirada es una elección. El que mira decide fijarse en algo en concreto y, por consiguiente, a la fuerza elige excluir su atención del resto de su campo visual. Ésa es la razón por la cual la mirada, que constituye la esencia de la vida, es, en primera instancia, un rechazo.

Vivir significa rechazar. Aquel que todo lo acepta vive igual que el desagüe de un lavabo. Para vivir, es necesario ser capaz de no situar al mismo nivel, por encima de uno, a mamá y el techo. Hay que renunciar a uno de los dos y elegir interesarse o bien por mamá o bien por el techo. La única mala elección es la ausencia de elección.

Dios no había rechazado nada porque no había elegido nada. Por eso no vivía.

En el momento de su nacimiento, los bebés gritan. Ese grito de dolor ya es en sí mismo una rebelión y esa rebelión ya constituye un rechazo. Ésa es la razón por la cual la vida empieza el día del nacimiento y no antes, pese a lo que puedan decir algunos.

El tubo no había emitido ni el más leve decibelio el día del parto.

Sin embargo, los médicos habían determinado que no era ni sordo, ni mudo, ni ciego. Era simplemente un lavabo al que le faltaba el tapón. Si hubiera podido hablar, habría repetido sin cesar esta única palabra: «sí».

La gente rinde culto a la regularidad. Les gusta creer que la evolución es el resultado de un proceso normal y natural; la especie humana estaría regida por una especie de fatalidad biológica interna que la ha llevado a dejar de andar a cuatro patas hacia la edad de un año o a dar sus primeros pasos tras varios milenios.

Nadie desea creer en los accidentes. Éstos, ya sean la expresión de una fatalidad exterior —lo cual ya de por sí resulta cargante— o del azar —lo que todavía es peor —, son rechazados por el imaginario humano. Si alguien se atreviera a decir: «A la edad de un año di mis primeros pasos accidentalmente» o «Un día el hombre jugó a ser bípedo accidentalmente», le tomarían inmediatamente por chiflado.

La teoría de los accidentes resulta inaceptable, ya que permite suponer que las cosas habrían podido suceder de un modo distinto. La gente no admite que un niño de un año no tenga el pensamiento de andar; eso equivaldría a admitir que podría ser que el hombre nunca hubiera tenido intención de andar sobre dos patas. ¿Y quién podría creer que a una especie tan brillante no habría podido ocurrírsele algo así?

A los dos años, el tubo ni siquiera había intentado el cuadrupedismo, ni el movimiento, por otra parte. Tampoco había probado el sonido. Los adultos dedujeron que existía un bloqueo en su evolución. Nunca se les habría ocurrido deducir que el bebé no había conocido accidente alguno, ya que ¿quién iba a pensar que, sin accidente, el hombre permanecería perfectamente inerte?

Existen los accidentes físicos y los accidentes mentales. La gente niega con rotundidad la existencia de estos últimos: nunca nos referimos a ellos como motor de la evolución.

Sin embargo, nada resulta más fundamental para el devenir humano que los accidentes mentales. El accidente mental es una mota de polvo que, por casualidad, penetra en la ostra del cerebro, pese a la protección de las conchas cerradas que representa la caja del cráneo. De repente, la tierna materia que habita en el corazón del cráneo se ve perturbada, se siente asustada, amenazada por ese cuerpo extraño que acaba de colarse en su interior; la ostra, que vegetaba pacíficamente, activa la alarma e intenta defenderse. Inventa una sustancia maravillosa, el nácar, envuelve la partícula intrusa para incorporarla y así crear la perla.

Puede ocurrir que el accidente mental sea secretado por el propio cerebro: ésos

son los accidentes más misteriosos y graves. Sin motivo, una circunvalación de materia gris da a luz una idea terrible, un pensamiento espeluznante, y, en un segundo, se acabó para siempre la tranquilidad de espíritu. El virus actúa. Imposible detenerlo.

Entonces, obligado y a la fuerza, el ser abandona su entorpecimiento. A la pregunta terrible e informulable que le ha asaltado, le busca y encuentra mil respuestas inadecuadas. Empieza a andar, a hablar, a adoptar cientos de actitudes inútiles mediante las cuales espera salir adelante.

Pero no sólo no sale adelante sino que empeora su situación. Cuanto más habla, menos comprende, y cuanto más camina, menos avanza. Muy rápidamente, echará de menos su vida larval, sin atreverse a confesárselo.

Sin embargo, existen seres que no se sienten afectados por la ley de la evolución, que no sufren ningún accidente fatal. Son los vegetales clínicos. Los médicos estudian sus casos. En realidad, son lo que desearíamos ser. Es la vida lo que debería ser considerado un fallo de funcionamiento.

Era un día cualquiera. No había ocurrido nada especial. Los padres ejercían su oficio de padres, los niños ejercían su misión de hijos, el tubo se concentraba en su vocación cilindrica.

Fue, sin embargo, el día más importante de su historia. Como tal, no se conserva ningún rastro. De igual modo, tampoco se conservan documentos referidos al primer día en que el primer hombre se puso de pie por primera vez, ni del día en que el hombre comprendió por fin la muerte. Los acontecimientos más fundamentales de la humanidad han pasado casi desapercibidos.

De repente, la casa empezó a retumbar a causa de los gritos. La madre y el aya, primero petrificadas, enseguida intentaron localizar el origen de aquellos gritos. ¿Acaso un mono acababa de penetrar en su domicilio? ¿Un loco se había escapado del manicomio?

Como último recurso, la madre acudió a mirar a su habitación. Lo que vio la dejó estupefacta: Dios estaba sentado en su cama-jaula y gritaba tanto como puede llegar a hacerlo un bebé de dos años.

La madre se acercó al mitológico escenario: ya no reconocía lo que durante dos años había constituido un espectáculo tan relajante. Siempre había tenido aquellos ojos abiertos de par en par, de modo que resultaba fácil identificar su color gris verde; en aquel momento, las pupilas eran totalmente negras, de un negro de paisaje calcinado.

¿Qué cosa lo bastante fuerte había podido incendiar aquellos ojos pálidos y convertirlos en negros como el carbón? ¿Qué temible incidente había podido ocurrir para despertarlo de tan prolongado sueño y transformarlo en aquella máquina de gritar?

La única evidencia era que la criatura estaba furiosa. Una fabulosa cólera la había sacado de su entorpecimiento, y si nadie sabía cuál podía ser el origen, la razón debía de ser muy grave a la vista de la intensidad con que se manifestaba.

La madre, fascinada, acudió a coger en brazos a su retoño. Enseguida lo dejó en la cama-jaula, ya que gesticulaba con todos sus miembros y la golpeaba.

Corrió por la casa gritando: «¡La Planta ha dejado de ser una planta!». Llamó al padre para que acudiera al lugar del fenómeno. Su hermano y su hermana fueron invitados a extasiarse ante la santa cólera de Dios.

Transcurridas algunas horas, dejó de gritar, pero sus ojos seguían negros de rabia. Le dedicó una mirada de enorme enfado a la humanidad que la rodeaba. Y, agotado por tanto mal humor, se acostó y se durmió.

La familia aplaudió. Aquello fue considerado una excelente noticia. La criatura estaba finalmente viva.

¿Cómo explicar aquel nacimiento dos años después del parto?

Ningún médico halló la llave del misterio. Parecía como si hubiera necesitado dos años de embarazo extrauterino suplementario para convertirse en un ser operativo.

Sí, pero ¿por qué aquella cólera? La única causa que podía suponerse era el accidente mental. Algo había aparecido en su cerebro, algo que le había resultado insoportable. Y, en un segundo, la materia gris se había puesto a funcionar. Influjos nerviosos habían circulado por aquella carne inerte. Su cuerpo había empezado a moverse.

Así, los más grandes imperios pueden venirse abajo por razones perfectamente incognoscibles. Admirables criaturas inmóviles como estatuas pueden, en un periquete, transformarse en animales chillones. Y lo más sorprendente es que eso encanta a su familia.

Sic transit tubi gloria.

El padre estaba tan excitado como si acabara de nacer su cuarto hijo.

Telefoneó a su madre, que residía en Bruselas.

—¡La Planta se ha despertado! ¡Coge un avión y ven a conocerla!

La abuela respondió que, antes de acudir, iba a encargar unos cuantos vestidos nuevos: era una mujer muy elegante. Eso pospuso su visita varios meses.

Mientras tanto, los padres empezaban a echar de menos al vegetal de antaño. Dios estaba permanentemente colérico. Casi era necesario lanzarle el biberón desde lejos, por miedo a que les golpeara. Podía calmarse durante algunas horas, pero nadie sabía lo que aquella calma presagiaba.

El nuevo guión era el siguiente: se aprovechaba un momento en el que estuviera tranquilo para coger al bebé y ponerlo en su parque. Allí permanecía primero con aire alelado contemplando los juguetes que le rodeaban.

Lentamente, un vivo disgusto se iba apoderando de él. Se daba cuenta de que aquellos objetos existían fuera de él, al margen de su reinado. Eso le desagradaba y le hacía gritar.

Por otro lado, había observado que, con la boca, los padres y sus satélites producían sonidos articulados muy concretos: aquel proceder parecía permitirles controlar las cosas, anexionárselas.

Le habría gustado hacer lo mismo. ¿Acaso dar nombre al universo no era una de

las principales prerrogativas divinas? Entonces señalaba un juguete con el dedo y abría la boca para concederle el don de la existencia: pero los sonidos que emitía no tenían consecuencias coherentes. Él era el primer sorprendido, ya que se consideraba perfectamente capaz de hablar. Una vez superada la sorpresa, aquella situación le parecía humillante e intolerable. La cólera se apoderaba de él y se ponía, mediante chillidos, a manifestar su rabia.

El significado de sus gritos era el siguiente:

—¡Movéis los labios y de ello emana un lenguaje! ¡Yo muevo los míos y sólo sale ruido! ¡Esta injusticia resulta insoportable! ¡Gritaré hasta que mis gritos se conviertan en palabras!

Ésta era la interpretación de la madre:

—Comportarse como un bebé a los dos años no es normal. Se da cuenta de su atraso y eso le pone nervioso.

Falso: Dios no sufría ningún atraso. Y quien dice atraso dice complejo. Dios no se comparaba. Sentía en su interior un poder gigantesco y se ofuscaba al comprobar que era incapaz de ejercerlo. Su boca le traicionaba. Ni por un instante dudaba de su divinidad y se indignaba de que sus propios labios no le respondieran.

Su madre se acercaba a él y, vocalizando exageradamente, pronunciaba palabras simples:

—¡Papá! ¡Mamá!

A él le ponía furioso que ella le propusiera imitaciones tan burdas: ¿acaso no sabía con quién estaba hablando? El maestro del lenguaje era él. Nunca se rebajaría a repetir «Mamá» y «Papá». Como represalia, gritaba con mayor intensidad y de un modo más desagradable si cabe.

Paulatinamente, sus padres empezaron a recordar a su bebé de antaño. ¿Habían salido ganando con el cambio? Tenían un tranquilo y misterioso retoño y ahora se encontraban con un doberman.

—¿Recuerdas lo hermosa que era La Planta, con sus serenos ojazos?

—¡Y qué noches más tranquilas pasábamos!

Se acabó dormir tranquilos: Dios era el insomnio personificado. Apenas dormía dos horas por la noche. Y en cuanto se despertaba, manifestaba su cólera a gritos.

—¡Basta ya! —le decía su padre—. Ya sabemos que te has pasado dos años durmiendo. Pero ésa no es razón para impedir que los demás duerman.

Dios se comportaba como Luis XIV: no toleraba que alguien durmiera si él no dormía, que alguien comiera si él no comía, que alguien anduviera si él no andaba, que alguien hablara si él no hablaba. Este último punto, sobre todo, le sacaba de sus casillas.

Para los médicos, aquel nuevo estado resultaba tan incomprensible como el anterior: la «apatía patológica» pasó a ser «irritabilidad patológica», sin que ningún análisis explicase el diagnóstico. Prefirieron recurrir a una especie de sentido común popular:

—Es para compensar los dos años precedentes. Vuestro bebé acabará por calmarse.

«Si antes no lo he tirado por la ventana», pensaba la madre, exasperada.

Los vestidos de la abuela estaban listos. Los metió en una maleta, pasó por la peluquería y tomó el avión Bruselas-Osaka que, en 1970, efectuaba el trayecto en aproximadamente veinte horas.

Los padres la esperaban en el aeropuerto. No se habían visto desde 1967: el hijo fue abrazado, la nuera felicitada y Japón elogiado.

De camino hacia la montaña, hablaron de los niños: los dos mayores eran maravillosos, el tercero era un problema. «¡Ya no lo queremos!». La abuela aseguró que todo se arreglaría.

La belleza de la casa le encantó. «¡Qué japonés!», exclamó al ver la sala del *tatami* y el jardín que, en aquel mes de febrero, emblanquecía bajo los cerezos en flor.

Hacía tres años que no veía al hermano y a la hermana. Se extasió ante los siete años del niño y los cinco años de la niña. Pidió entonces que le presentaran al tercer niño, al que todavía no conocía.

No quisieron acompañarla hasta la guarida del monstruo: «La primera puerta a la izquierda, no tiene pérdida». De lejos, se oían gritos roncos. La abuela puso algo dentro del bolso y caminó valientemente hacia la arena.

Dos años y medio. Gritos, rabia, odio. El mundo resulta inaccesible para las manos y la voz de Dios. A su alrededor, los barrotes de la cama-jaula. Dios permanece encerrado. Le gustaría hacer daño, pero no puede. Se ensaña con la sábana y la manta, que martillea a patadas.

Encima de él, el techo y sus grietas, que conoce como la palma de su mano. Son sus únicos interlocutores, así pues, es a ellos a quienes grita su desprecio. Aparentemente, el techo no se da por aludido. Dios se siente contrariado.

De repente, el campo visual es invadido por un rostro desconocido e inidentificable. ¿Qué es? Es un humano adulto, del mismo sexo que la madre, parece. Pasada la sorpresa inicial, Dios manifiesta su disgusto con una larga pataleta.

El rostro sonríe. Dios conoce el paño: intentan engatusarlo. No cuela. Enseña los dientes. El rostro deja caer las palabras con su boca. Dios boxea contra las palabras al vuelo. Sus puños cerrados vapulean los sonidos y los dejan KO.

Dios sabe que, a continuación, el rostro intentará tenderle la mano. Está acostumbrado: los adultos siempre acercan los dedos a su cara. Decide que morderá el índice de la desconocida. Se prepara.

En efecto, una mano aparece en su campo visual, pero —¡sorpresa!— sujeta entre los dedos un bastoncito blanquecino. Dios nunca ha visto nada parecido y se olvida

de gritar.

—Es chocolate blanco de Bélgica —le dice la abuela a la criatura al tiempo que lo destapa.

De esas palabras, Dios sólo entiende «blanco»: le suena, la ha visto en los envases de leche y en las paredes. Los otros vocablos son oscuros: «chocolate» y sobre todo «Bélgica». A estas alturas, el bastoncito está cerca de su boca.

—Es para comer —dice la voz.

Comer: Dios sabe lo que eso significa. Ese bastoncito blanquecino desprende un olor que Dios desconoce. Huele mejor que el jabón y la pomada. Dios tiene miedo y deseo a la vez. Hace muecas de asco y saliva de apetito.

En un arranque de valor, atrapa la novedad con los dientes, la mastica aunque no es necesario, se derrite sobre la lengua, enmoqueta el paladar, le llena la boca, y se produce el milagro.

La voluptuosidad se le sube a la cabeza, le hace jirones el cerebro y hace resonar una voz que nunca había oído:

—¡Soy yo! ¡Yo soy la que vive! ¡Yo soy la que habla! No soy «él» ni «éste», ¡soy yo! Ya no tendrás que decir «él» para hablar de ti, tendrás que decir «yo». Y soy tu mejor amigo: el placer es mío.

Fue entonces cuando nací a la edad de dos años y medio, en febrero de 1970, en las montañas del Kansai y en el pueblo de Shukugawa, ante la mirada de mi abuela paterna, por obra y gracia del chocolate blanco.

La voz, que desde entonces nunca he dejado de oír, seguía hablando dentro de mi cabeza:

—Es bueno, es dulce, es untuoso. ¡Quiero más!

Volví a morder el bastoncito con un rugido.

—El placer es una maravilla que me enseña a ser yo mismo. Yo sede del placer. El placer soy yo: cada vez que exista placer, existiré yo. Ningún placer sin mí, ¡yo no existo sin placer!

El bastoncito desaparecía dentro de mí. La voz gritaba cada vez más alto dentro de mi cabeza:

—¡Viva yo! ¡Soy tan formidable como la voluptuosidad que experimento y yo mismo he creado! Sin mí, este chocolate es un pedazo de nada. Pero uno lo introduce en la boca y se transforma en el placer. Me necesita.

Aquellos pensamientos se traducían en sonoros eructos cada vez más entusiastas. Abría los ojos de par en par, pataleaba de alegría. Sentía que las cosas dejaban su huella en una parte blanda de mi cerebro que guardaba constancia de todo.

Pedazo a pedazo, el chocolate se había introducido dentro de mí. Descubrí entonces que, en el extremo de aquella difunta golosina, había una mano, y que al final de aquella mano había un cuerpo culminado por un rostro bondadoso. Y yo, la voz, dije:

—No sé quién eres, pero, dado que me has proporcionado comida, eres una buena

persona.

Las dos manos levantaron mi cuerpo para sacarme de la cama-jaula y me encontré en unos brazos desconocidos.

Estupefactos, mis padres vieron llegar a la abuela sonriente llevando en brazos a una criatura tranquila y contenta:

—Os presento a una gran amiga —dijo triunfante.

Dócilmente, dejé que me fueran transportando de unos brazos a otros. Mi padre y mi madre no daban crédito a aquella metamorfosis: se sentían felices y molestos a la vez. Interrogaron a la abuela.

Ella se guardó muy mucho de revelar la naturaleza del arma secreta a la que había recurrido. Prefería dejar que el misterio planeara. Le atribuyeron dotes demoníacas. Nadie había previsto que la bestia recordara su exorcismo.

Las abejas saben que sólo la miel proporciona a las larvas el gusto por la vida. No traerían al mundo tan ardientes libadoras alimentándolas con puré con tropezones de carne. Mi madre tenía sus propias ideas respecto al azúcar, al que culpaba de todos los males de la humanidad. Sin embargo, era a aquel «veneno blanco» (así lo denominaba) al que le debía el tener un hijo con un humor aceptable.

Me comprendo. A los dos años, acababa de salir de mi entorpecimiento para descubrir que la vida era un valle de lágrimas en el que se comían zanahorias hervidas con jamón. Debería de haberme sentido estafada. ¿Para qué matarse a nacer si no es para experimentar el placer? Los adultos tienen acceso a todo tipo de voluptuosidades, pero para abrir las puertas al deleite de los niños sólo existen las golosinas.

Mi abuela me había llenado la boca de azúcar: de repente, el animal furioso había comprendido que existía una justificación a tanto aburrimiento, que el cuerpo y el espíritu servían para gozar y que, por tanto, no había que tomarla ni con el universo ni con uno mismo por el hecho de estar aquí. El placer aprovechó las circunstancias para dar nombre a su instrumento: lo llamó Yo, y es un nombre que todavía conservo.

Desde hace mucho tiempo, existe una inmensa secta de imbéciles que oponen sensualidad e inteligencia. Es un círculo vicioso: se privan de placeres para exaltar sus capacidades intelectuales, lo cual sólo contribuye a empobrecerles. Se convierten en seres cada vez más estúpidos, y eso les reconforta en su convicción de ser brillantes, ya que no se ha inventado nada mejor que la estupidez para creerse inteligente.

El deleite, en cambio, nos hace humildes y admirativos con lo que lo produce, el placer despierta la mente y la empuja tanto hacia la virtuosidad como hacia la profundidad. Se trata de una magia tan potente que, a falta de voluptuosidad, la sola idea de voluptuosidad resulta suficiente. Mientras existe esta noción, el ser está a salvo. Pero la frigidez triunfante está condenada a celebrar su propia insustancialidad.

Uno se cruza a veces con gente que, en voz alta y fuerte, presume de haberse privado de tal o cual delicia durante veinticinco años. También conocemos a fantásticos idiotas que se alaban por el hecho de no haber escuchado jamás música, por no haber abierto nunca un libro o no haber ido nunca al cine. También están los que esperan suscitar admiración a causa de su absoluta castidad. Alguna vanidad tienen que sacar de todo eso: es la única alegría que tendrán en la vida.

Al otorgarme una identidad, el chocolate blanco también me había proporcionado una memoria: desde febrero de 1970 lo recuerdo todo. ¿Para qué recordar nada que no esté relacionado con el placer? El recuerdo es uno de los más indispensables aliados de la voluptuosidad.

Una afirmación tan contundente —«lo recuerdo todo»— no tiene ninguna posibilidad de ser creída por nadie. No importa. Tratándose de un enunciado de tan difícil comprobación, no tengo ningún interés en que nadie me crea.

Es cierto que no recuerdo la preocupación de mis padres, las conversaciones con sus amigos, etc. Pero no he olvidado nada de lo que realmente valía la pena: el verde del lago en el que aprendí a nadar, el olor del jardín, el sabor del aguardiente de ciruelas probado a escondidas y otros descubrimientos intelectuales.

Previo al chocolate blanco, no recuerdo nada: tengo que fiarme del testimonio de mis allegados, reinterpretado por mí. Luego mis informaciones son de primera mano: la misma mano que escribe.

Me convertí en el tipo de criatura con la que sueñan los padres: a la vez tranquila y despierta, silenciosa y presente, divertida y reflexiva, entusiasta y metafísica, obediente y autónoma.

Sin embargo, mi abuela y sus golosinas sólo permanecieron un mes en Japón, pero fue suficiente. La noción de placer me había convertido en un ser operativo. Mi padre y mi madre se sentían aliviados: después de haber tenido un vegetal durante dos años y luego una bestia rabiosa durante seis meses, por fin tenían algo más o menos normal. Empezaron a llamarme con un nombre.

Fue necesario, para recurrir a la expresión exacta, «recuperar el tiempo perdido» (yo no pensaba haberlo perdido): a los dos años y medio, un humano tiene la obligación de andar y hablar. Conforme a la tradición, empecé por andar. No era nada del otro mundo: ponerse de pie, dejarse caer hacia adelante, sostenerse con un pie, y luego repetir el paso de baile con el otro pie.

Andar resultaba de una innegable utilidad. Te permitía avanzar viendo el paisaje mejor que gateando. Y quien dice andar dice correr: correr constituía un invento fabuloso que permitía toda clase de evasiones. Uno podía arramblar con un objeto

prohibido y huir llevándoselo sin ser visto por nadie. Correr aseguraba la impunidad de los actos más reprensibles. Era el verbo de los bandoleros y de los héroes en general.

Hablar planteaba un problema de protocolo: ¿por qué palabra empezar? Yo habría elegido gustosa un vocablo tan necesario como «marrón glacé» o «pipí», o bien uno tan hermoso como «neumático» o «esparadrapo», pero notaba que aquello habría herido susceptibilidades. Los padres son una especie susceptible: es necesario ofrecerles los grandes clásicos que les proporcionan el sentimiento de su importancia. No quería llamar la atención. Así pues, adopté una expresión beatífica y solemne y, por primera vez, vocalicé los sonidos que tenía en la cabeza:

—¡Mamá!

Extasis de mi madre.

Y como tampoco se trataba de humillar a nadie, me apresuré a añadir:

—¡Papá!

Enternecimiento de mi padre. Mis padres se abalanzaron sobre mí y me cubrieron de besos. Me pareció que se conformaban con poco. ¿Se habrían mostrado menos encantados y admirativos si hubiera empezado a hablar diciendo: «¿Para quién son esas serpientes que silban sobre vuestras cabezas?», o: «$E = mc^2$»? Incluso era como para pensar que tenían dudas respecto a su propia identidad: ¿acaso no estaban seguros de llamarse respectivamente Papá y Mamá? Parecían muy necesitados de que se lo confirmase.

Me felicité por mi elección: ¿para qué complicarse la vida si ninguna otra primera palabra podría haber colmado tanto a mis progenitores? Una vez cumplido con mi deber de educación, podía dedicarme al arte y a la filosofía: la cuestión de la tercera palabra también resultaba excitante, ya que únicamente debía tener en cuenta criterios cualitativos. Aquella libertad resultaba tan embriagadora que me confundía: tardé una eternidad en pronunciar mi tercera palabra. Mis padres no hicieron sino sentirse más halagados todavía. «Sólo necesitaba llamarnos por nuestro nombre. Ésa era su única urgencia».

No sabían que, dentro de mi cabeza, yo hablaba desde hacía mucho tiempo. Pero es cierto que decir las cosas en voz alta es diferente: confiere a la palabra pronunciada un valor excepcional. Uno siente que la palabra se conmueve, que lo vive como un signo de reconocimiento, como el pago de una deuda o una celebración: vocalizar el vocablo «banana» representa homenajear a las bananas a través de los siglos.

Razón de más para pensárselo dos veces. Me sumergí en una fase de exploración intelectual que duró semanas. En las fotos de esa época aparezco con un rostro tan serio que resulta incluso cómico. Y es que mi discurso interior era existencial: «¿Zapato? No, no es lo más importante; uno puede andar sin ellos. ¿Papel? Sí, pero resulta tan necesario como lápiz. No hay modo de elegir entre papel y lápiz. ¿Chocolate? No, es mi secreto. ¿Otaria? Otaria resulta sublime, emite gritos admirables, pero ¿acaso es mucho mejor que peonza? Peonza es demasiado bonito.

Aunque otaria es más viva. ¿Qué es mejor, una peonza que da vueltas o una otaria que vive? Ante la duda, me abstengo. ¿Armónica? Suena bien, ¿pero es realmente indispensable? ¿Gafas? No, es divertido, pero no sirve para nada. ¿Xilofón?…».

Un día mi madre entró en el salón con un animal de cuello largo cuya larga y delgada cola terminaba con una toma de corriente. Apretó un botón y el animal emitió un lamento regular y continuo. La cabeza empezó a moverse sobre el suelo con un movimiento de vaivén que arrastraba el brazo de Mamá detrás de él. A veces, el cuerpo se desplazaba sobre unas patas en forma de ruedas.

No era la primera vez que veía una aspiradora, pero todavía no había reflexionado sobre su condición. Me acerqué a ella a gatas, para estar a su altura; sabía que uno siempre tiene que ponerse al mismo nivel que lo que examina. Seguí su cabeza y puse la mejilla sobre la moqueta para observar qué ocurría. Era un milagro: el aparato engullía las realidades materiales que encontraba a su paso y las transformaba en inexistencia.

Sustituía el algo por la nada: aquella sustitución sólo podía ser una obra divina.

Recordaba vagamente haber sido Dios no hacía tanto tiempo. A veces, oía en mi cabeza una voz profunda que me hundía en insondables tinieblas y me decía: «¡Recuerda! ¡Yo soy quien vive en ti! ¡Recuerda!». No tenía una opinión clara al respecto, pero mi divinidad me parecía de las más aceptables y agradables.

De repente, me encontré con un hermano: la aspiradora. ¿Acaso podía existir algo más divino que aquella aniquilación pura y simple? Por más que considerase que un Dios nada tiene que demostrar, me habría gustado ser capaz de protagonizar un prodigio semejante, una tarea tan metafísica.

«¡*Anch'io sono pittore!*», exclamó *il Corriggio* al contemplar los cuadros de Rafael por primera vez. Con idéntico entusiasmo, yo estaba a punto de gritar: «¡Yo también soy una aspiradora!».

En el último segundo recordé que tenía que emplear bien mis recursos: se suponía que poseía dos palabras en mi activo, no se trataba de perder credibilidad soltando frases enteras. Pero tenía mi tercera palabra.

Sin más demora, abrí la boca y acompasé las cinco sílabas: «¡Aspiradora!».

Tras un primer momento de desconcierto, mi madre soltó el cuello del tubo y corrió a telefonear a mi padre:

—¡Ha pronunciado su tercera palabra!

—¿Cuál?

—¡Aspiradora!

—Perfecto. La convertiremos en una perfecta ama de casa.

Debió de sentirse decepcionado.

Mi tercera palabra me había costado mucho; a partir de ahí, podía permitirme no ser tan existencial con la cuarta. Considerando que mi hermana, dos años mayor que yo, era una buena persona, elegí su nombre:

—¡Juliette! —exclamé mirándola a los ojos.

El lenguaje tiene poderes inmensos: inmediatamente después de pronunciar aquel nombre en voz alta, fuimos presa de una recíproca, repentina y loca pasión. Mi hermana me cogió en brazos y me dio un beso. Como el filtro mágico de Tristán e Isolda, la palabra nos había unido para siempre.

Ni se me pasaba por la cabeza elegir como quinto vocablo el nombre de mi hermano, cuatro años mayor que yo: aquel maldito sujeto se había pasado toda la tarde sentado sobre mi cabeza leyendo un *Tintín*. Le encantaba perseguirme. Para castigarlo, no lo llamaría por su nombre. De este modo, existiría, sí, pero menos.

Por aquel entonces vivía con nosotros Nishio-san, mi aya japonesa. Era la bondad personificada y me mimaba a todas horas. No hablaba más lengua que la suya. Yo comprendía todo lo que decía. Mi quinta palabra fue, pues, japonesa, ya que la nombré a ella.

Ya había bautizado a cuatro personas; y en cada ocasión les hice tan felices que ya no dudé nunca más de la importancia de la palabra: demostraba a los individuos que estaban allí. Llegué a la conclusión de que no estaban seguros de que eso fuera así. Me necesitaban para saberlo. ¿Significaba eso que hablar equivalía a conceder la vida? Quizás no. A mi alrededor, la gente hablaba de la mañana a la noche sin que eso tuviera consecuencias tan milagrosas. Para mis padres, por ejemplo, hablar equivalía a formular cosas como éstas:

—He invitado a los Tal a cenar el día veintiséis.

—¿Quiénes son los Tal?

—Venga, Danièle, sólo conocemos a los Tal. Ya hemos cenado más de veinte veces con ellos.

—No lo recuerdo. ¿Quiénes son los Tal?

—Ya lo verás.

No me parecía que los Tal existieran en mayor medida después de semejante diálogo. Al contrario.

Para mi hermano y mi hermana, hablar equivalía a:

—¿Dónde está mi caja de Lego?

—No tengo ni idea.

—¡Mentirosa! ¡La tienes tú!

—No es verdad.

—¿Vas a decirme dónde la has metido?

Y luego se peleaban. Hablar era el preludio del combate.

Cuando la dulce Nishio-san me hablaba era casi siempre para contarme, entre esas risas niponas reservadas al horror, cómo, siendo ella una niña, su hermana había sido atropellada por el tren Kobé-Nishinomiya. Cada vez que desgranaba aquel relato, impepinablemente las palabras de mi aya acababan con la vida de la pequeña. Hablar, pues, también podía servir para asesinar.

El examen del edificante lenguaje ajeno me llevó a la siguiente conclusión: hablar era un acto tan creativo como destructivo. Era mejor andarse con mucho cuidado con

aquel invento.

Por otra parte, también había observado que existía una utilización inofensiva de la palabra. «Bonito día, ¿verdad?», o «¡Querida, estás en plena forma!», eran frases que no producían ningún efecto metafísico. Uno podía incluso no pronunciarlas. Sin duda, si uno las pronunciaba era para avisar a los demás de que no iba a matarlos. Era como la pistola de agua de mi hermano: cuando me disparaba anunciándome: «¡Pam! ¡Estás muerta!», yo no estaba muerta, sólo empapada. Se recurría a este tipo de frases para demostrar que el arma de uno estaba cargada con munición falsa. Por si fuera necesario confirmar lo dicho anteriormente, la sexta palabra fue «muerte».

En la casa reinaba un silencio anormal. Quise averiguar qué ocurría y bajé por la larga escalera. En el salón, mi padre lloraba: espectáculo inimaginable, que nunca más he vuelto a ver. Mi madre lo abrazaba como si de un gigantesco bebé se tratara.

Con gran delicadeza, me dijo:

—Tu padre ha perdido a su madre. Tu abuela ha muerto.

Adopté una expresión terrible.

—Por supuesto —prosiguió—, tú no sabes lo que significa la muerte. Sólo tienes dos años y medio.

—¡Muerte! —afirmé con el tono de una aserción sin réplica, antes de dar media vuelta.

¡Muerte! ¡Como si yo no supiera lo que eso significa! ¡Como si mis dos años y medio me alejaran de ella, cuando, en realidad, no hacían sino acercarme! ¡Muerte! ¿Quién mejor que yo para saber qué significaba? ¡Pero si apenas acababa de abandonar el sentido de aquella palabra! Lo conocía mucho mejor que los otros niños, yo, que la había prolongado más allá de los límites humanos. ¿Acaso no había vivido dos años en coma, si es que se puede vivir en coma? ¿Qué creían que hacía, pues, tanto tiempo dentro de mi cama-jaula, sino morir mi vida, morir el tiempo, morir el miedo, morir la nada, morir el letargo?

La muerte, había analizado aquella cuestión con detalle: la muerte era el techo. Cuando uno conoce el techo mejor que a sí mismo, a eso se le llama muerte. El techo es lo que impide que los ojos y el pensamiento se eleven. Y quien dice techo dice sepultura: el techo es la losa del cerebro. Cuando llega la muerte, una losa gigante cae sobre vuestra cazuela craneal. Me había ocurrido algo poco común: había vivido aquello en sentido inverso, a una edad en la que mi memoria quizás no podía recordarlo pero sí conservar una vaga impresión de lo vivido.

Cuando el metro sale a la luz del día, cuando las cortinas negras se abren, cuando termina la asfixia, cuando los únicos ojos necesarios vuelven a mirarnos, es la losa de la muerte la que se levanta, es nuestra sepultura craneal la que se convierte en un cerebro a cielo abierto.

Aquellos que, de un modo u otro, han conocido la muerte desde demasiado cerca y han regresado tienen dentro de sí su propia Eurídice: saben que en su interior existe algo que se acuerda perfectamente de la muerte y que más vale no mirarla de frente.

Y es que la muerte, como una madriguera, como una habitación con las persianas bajadas, como la soledad, es a la vez terrible y tentadora: uno siente que podría sentirse bien con ella. Bastaría abandonarse para reunirse con esa hibernación interior. Eurídice es tan seductora que tendemos a olvidar por qué hay que resistirse a su influjo.

Y hay que hacerlo por la simple razón de que, en general, el trayecto es únicamente de ida. De no ser así, no sería necesario.

Me siento en la escalera pensando en la abuela del chocolate blanco. Ella contribuyó a liberarme de la muerte, y poco tiempo después le llegó su hora. Era como si se hubiera producido un intercambio. Había pagado con su vida a cambio de la mía. ¿Acaso fue consciente de ello?

Por lo menos mi recuerdo le conserva la existencia. Mi abuela había estrenado mi memoria. En justa compensación: sigue estando viva, precedida por su barrita de chocolate, como si de un cetro se tratara. Es mi manera de devolverle lo que ella me dio.

No lloré. Subí a mi habitación para jugar al más hermoso de los juegos: la peonza. Tenía una peonza de plástico que valía por todas las maravillas del universo. La hacía rodar y la observaba fijamente durante horas. Aquella rotación perpetua me hacía ponerme seria.

La muerte, ya sabía lo que era. Pero eso no significaba que la comprendiera. Me quedaban montones de preguntas por responder. El problema era que oficialmente sólo disponía de seis palabras, de las cuales ningún verbo, ninguna conjunción, ningún adverbio: así resultaba difícil formular preguntas. En realidad, es cierto que en mi cabeza disponía del vocabulario necesario, pero ¿cómo pasar de repente de seis a mil palabras sin desvelar mi impostura?

Afortunadamente, existía una solución: Nishio-san. Sólo hablaba japonés, lo cual limitaba sus conversaciones con mi madre. Podía hablar con ella a escondidas, camuflada detrás de su lengua.

—Nishio-san, ¿por qué nos morimos?

—¿Hablas?

—Sí, pero no se lo digas a nadie. Es un secreto.

—Tus padres se alegrarían mucho si supieran que ya hablas.

—Quiero darles una sorpresa. ¿Por qué nos morimos?

—Porque Dios así lo quiere.

—¿De verdad lo crees?

—No lo sé. He visto morir a tanta gente: mi hermana, atropellada por el tren, mis padres, muertos a causa de los bombardeos durante la guerra. No sé si Dios quiso

todo eso.

—Entonces, ¿por qué morimos?

—¿Te refieres a tu abuela? Es normal que uno muera cuando es viejo.

—¿Por qué?

—Cuando uno ha vivido mucho, está cansado. Morir, para un viejo, es como quedarse dormido. Está bien.

—¿Y morirse cuando uno no es viejo?

—Eso no sé por qué es posible. ¿Entiendes todo lo que te estoy diciendo?

—Sí.

—¿Así que hablas japonés antes de hablar francés?

—No. Es lo mismo.

Para mí no existían idiomas, sino una única e inmensa lengua de la cual uno podía elegir las variantes japonesa o francesa, según. Nunca había oído una lengua que no entendiese.

—Si es lo mismo, ¿cómo te explicas que yo no hable francés?

—No lo sé. Cuéntame los bombardeos.

—¿Estás segura de que quieres oírlo?

—Sí.

Empezó un relato de pesadilla. En 1945, ella tenía cinco años. Una mañana, empezaron a llover bombas. En Kobe no era la primera vez que, aunque lejos, se oían. Pero aquella mañana Nishio-san sintió que esta vez iban a por ellos y no se equivocó. Se había quedado tumbada sobre el *tatami*, esperando que la muerte la sorprendiera dormida. De repente, justo a su lado, se produjo una explosión tan extraordinaria que, en un primer momento, la pequeña pensó que la habían despedazado. A continuación, sorprendida de haber sobrevivido, quiso cerciorarse de que sus miembros seguían unidos a su cuerpo, pero algo se lo impedía: había tardado un rato en comprender que estaba enterrada.

Así que entonces empezó a cavar con sus propias manos, esperando estar dirigiéndose hacia arriba, pero sin estar muy segura de que así fuera. En un momento dado, revolviendo la tierra, había tocado un brazo: ignoraba a quién pertenecía, ignoraba incluso si aquel brazo seguía unido a un cuerpo: la única certeza era que aquel brazo estaba muerto, separado de su propietario.

Se había equivocado de rumbo. Dejó de cavar para escuchar: «Tengo que dirigirme hacia el ruido: allí es donde está la vida». Había oído gritos y había intentado cavar en aquella dirección. Reanudó su trabajo de topo.

—¿Y cómo respirabas? —pregunté.

—No lo sé. Existe un modo. Al fin y al cabo, hay animales que viven bajo tierra y que respiran. El aire llegaba con dificultad, pero llegaba. ¿Quieres saber qué ocurrió después?

Lo estaba reclamando con entusiasmo.

Finalmente, Nishio-san llegó a la superficie. «Allí es donde está la vida», le había

dicho su instinto. Se equivocaba: allí estaba la muerte. Entre las casas destrozadas había pedazos de seres humanos. La pequeña tuvo tiempo para reconocer la cabeza de su padre antes de que una enésima bomba explotase y la hundiese muy profundamente bajo los escombros.

Protegida por su mortaja de tierra, se preguntó primero si no quedarse allí: «Aquí es donde estoy más segura y hay menos horrores que ver». Poco a poco, empezó a ahogarse. Había cavado hacia el ruido, aterrorizada ante la idea de lo que iba a descubrir esta vez. Hacía mal en preocuparse: no pudo ver nada ya que, apenas había emergido a la superficie, volvía a encontrarse cuatro metros más abajo.

—No sé cuántas horas duró aquello. Yo cavaba y cavaba y cada vez que conseguía salir a la superficie volvía a quedar enterrada por una nueva explosión. Ya no sabía por qué, aun siendo así, volvía y volvía a subir, porque era más fuerte que yo. Ya sabía que mi padre había muerto y que me había quedado sin hogar: pero todavía ignoraba qué suerte habían corrido mi madre y mis hermanos. Cuando la lluvia de bombas cesó, no podía dar crédito al hecho de seguir con vida. Al retirar los escombros fueron encontrando, poco a poco, los cadáveres, enteros o no, de aquellos que me faltaban, entre ellos los de mi madre y mis hermanos. Envidiaba a mi hermana que, atropellada por el tren dos años antes, se había librado de aquel espectáculo.

La verdad es que Nishio-san tenía hermosas historias que contar: los cuerpos siempre terminaban destrozados.

Como acaparaba a mi aya cada vez más, mis padres decidieron contratar a una segunda japonesa para ayudarles. Pusieron un anuncio en el pueblo de Shukugawa.

No tuvieron problemas de elección: sólo se presentó una señora.

Kashima-san se convirtió, pues, en la segunda aya. Era totalmente opuesta a la primera. Nishio-san era joven, dulce y amable; no era guapa y procedía de un medio pobre y popular. Kashima-san tenía unos cincuenta años y una belleza tan aristocrática como sus orígenes: su espléndido rostro nos miraba con desprecio. Pertenecía a la antigua nobleza nipona abolida por los americanos en 1945. Durante cerca de treinta años había sido una princesa, y de la noche a la mañana se había encontrado sin título y sin dinero.

Desde entonces, vivía de trabajos domésticos como el que le habíamos ofrecido. Culpaba a todos los blancos de su decadencia y nos odiaba en bloque. Sus rasgos, de una finura perfecta, y su altiva delgadez inspiraban respeto. Mis padres se dirigían a ella con la consideración debida a una gran señora; ella no les hablaba y trabajaba lo menos posible. Cuando mi madre le pedía que la ayudase en una u otra faena, Kashima-san suspiraba y le dirigía una mirada que significaba: «¿Por quién me ha tomado?».

La segunda aya trataba a la primera como a un perro, no sólo a causa de su origen

modesto, sino también porque la consideraba una traidora que contemporizaba con el enemigo. Dejaba que Nishio-san hiciera todo el trabajo, aprovechando que ésta tenía un desafortunado instinto de obediencia hacia su soberana. La reprendía a la menor ocasión:

—¿Has visto cómo les hablas?

—Ellos también me hablan.

—No tienes ningún sentido del honor. ¿No te basta con que nos humillaran en 1945?

—No fueron ellos.

—Eran los mismos. Esta gente eran los aliados de los americanos.

—Durante la guerra eran niños, como yo.

—¿Y qué? Sus padres eran nuestros enemigos. Los gatos no se entienden con los perros. Y los desprecio.

—No deberías decir eso delante de la niña —dijo Nishio-san señalándome con la barbilla.

—¿Este bebé?

—Entiende lo que dices.

—Mejor.

—Yo la quiero, a esta pequeña.

Decía la verdad: me quería tanto como a sus dos hijas, dos gemelas de diez años a las que nunca llamaba por su nombre ya que le resultaba imposible diferenciarlas. Siempre las llamaba *futago* y durante mucho tiempo creí que aquella palabra dual era el nombre de un único hijo, al ser las marcas del plural muy ambiguas en la lengua nipona. Un día, las niñas vinieron a casa y Nishio-san las llamó desde lejos: «*¡Futago!*». Acudieron como siamesas, revelándome con este hecho el sentido de aquella palabra. En Japón ser gemelo debe de ser más problemático que en otros lugares.

Rápidamente me di cuenta de que mi edad me confería un estatus especial. En el país del Sol Naciente, desde el nacimiento hasta el parvulario inclusive, uno es un dios. Nishio-san me trataba como a una divinidad. Mi hermano, mi hermana y las *futago* habían abandonado la edad sagrada: les hablaban de un modo ordinario. Yo era un *okosama*: una honorable excelencia infantil, un señor niño.

Cuando por la mañana entraba en la cocina, Nishio-san se prosternaba para ponerse a mi altura. Me lo consentía todo. Si yo expresaba el deseo de comer de su plato, algo que ocurría con frecuencia ya que prefería lo que comía ella a lo que me daban a mí, ella dejaba de tocar su pitanza: esperaba a que yo hubiese terminado antes de reanudar su alimentación, suponiendo que yo hubiera tenido la grandeza de espíritu de dejarle algo.

Un mediodía, mi madre se percató de mis maniobras y me riñó severamente. Luego le ordenó a Nishio-san que no aceptara más mi tiranía. En vano: en cuanto Mamá le dio la espalda, mis picoteos en su plato se reanudaron. Y tenía motivos para

ello: el *okonomiyaki* (tortita de col, con gambas y al jengibre) y el arroz al *tsukemono* (rábano silvestre marinado en salmuera amarillo azafrán) eran mucho más apetitosos que los tacos de carne con zanahorias hervidas.

Había dos comidas: la del comedor y la de la cocina. Comiscaba en la primera y me reservaba para la segunda. Rápidamente, elegí mi bando: entre unos padres que me trataban igual que a los demás y un aya que me divinizaba, no había duda.

Sería japonesa.

Fui japonesa.

A los dos años y medio, en la provincia de Kansai, ser japonesa consistía en vivir en el corazón de la belleza y de la veneración. Ser japonesa consistía en empacharse de las flores exageradamente olorosas del jardín humedecido por la lluvia, sentarse junto al estanque de piedra y contemplar, a lo lejos, las montañas inmensas como el interior de mi propio pecho, hacer que perdurase en el corazón de una el canto místico del vendedor de patatas dulces que, al caer la noche, recorría el barrio.

A los dos años y medio, ser japonesa significaba ser la elegida de Nishio-san. Si yo se lo pedía, y en cualquier momento, ella abandonaba lo que estuviera haciendo para cogerme en brazos, mimarme, cantarme canciones que hablaban de gatitos o de cerezos en flor.

Siempre estaba dispuesta para contarme sus historias de cuerpos mutilados, que me fascinaban, o la leyenda de esta o de aquella bruja que cocía a la gente en un caldero para convertirlos en sopa: aquellos adorables cuentos me maravillaban hasta el embobamiento.

Se sentaba y me mecía como a una muñeca. Yo adoptaba una expresión de sufrimiento sólo justificada por mi deseo de ser consolada: durante horas, Nishio-san me consolaba de mis inexistentes penas, siguiéndome la corriente, se apiadaba de mí con consumado arte.

Y con un dedo delicado seguía el trazo de mis rasgos y alababa su belleza, que calificaba de extrema: ensalzaba las virtudes de mi boca, de mi frente, de mis mejillas, de mis ojos, y llegaba a la conclusión de que nunca había visto a una diosa de rostro tan admirable. Era una buena persona.

Y yo nunca me cansaba de estar en sus brazos, me habría quedado allí para siempre, embobada ante su idolatría. Y ella se pasmaba de idolatrarme de aquel modo, demostrando así lo afinado y excelso de mi divinidad.

A los dos años y medio, tendría que haber sido idiota para no ser japonesa.

No era casual que hubiera manifestado antes mi conocimiento de la lengua nipona que de la lengua materna: el culto a mi persona tenía sus exigencias lingüísticas. Necesitaba un idioma para comunicarme con mis fieles. No eran muy numerosos, pero me bastaban por la intensidad de su fe y la importancia del lugar que ocupaban en mi universo: eran Nishio-san, las *futago* y los transeúntes.

Cuando paseaba por la calle cogida de la mano de la principal sacerdotisa de mi adoración, esperaba con serenidad las aclamaciones de los curiosos: sabía que nunca dejarían de exclamarse ante mis encantos.

Pero donde más disfrutaba de aquella religión era entre las cuatro paredes del jardín: aquél era mi templo. Una porción de terreno plantada con flores y árboles y rodeada por una cerca: no se ha inventado nada mejor para reconciliarse con el universo.

El jardín de la casa era nipón, lo cual lo convertía en un jardín pleonástico. No era zen, pero su estanque de piedra, su sobriedad y la elección de su pelambre decían mucho sobre el país que, más religiosamente que los demás, ha definido el jardín.

El área geográfica de culto a mi persona alcanzaba su mayor grado de densidad en el jardín. Los muros elevados y culminados de tejas japonesas que los enclaustraban me protegían de las miradas de los laicos y confirmaban que nos hallábamos en un santuario.

Cuando Dios necesita un lugar para simbolizar la felicidad terrenal no opta ni por una isla desierta, ni por una playa de arena fina, ni por un campo de trigo maduro, ni por el pasto que verdece: elige el jardín.

Yo compartía su opinión: no existe mejor territorio para reinar. Dueño y señor del jardín, tenía por súbditos a plantas que, si se lo ordenaba, se abrían a ojos vistas. Era la primera primavera de mi existencia y yo no imaginaba que aquella adolescencia vegetal conocería un apogeo seguido de un posterior declive.

Una noche, le había dicho a un tallo culminado por un capullo: «Florece». A la mañana siguiente se había convertido en una blanca peonía en plena deflagración. No había duda, tenía poderes. Se lo comenté a Nishio-san, que no me desmintió.

Desde el nacimiento de mi memoria, en febrero, el mundo no había dejado de manifestarse a mi alrededor. La naturaleza se asociaba a mi advenimiento. Cada día, el jardín era más frondoso que la víspera. Una flor sólo se marchitaba para renacer más hermosa y un poco más lejos.

¡Cómo debería de agradecérmelo la gente! ¡Hasta qué punto su vida debía de ser triste antes de mí! Porque yo era la responsable de haberles traído todas aquellas innumerables maravillas. ¿Qué más comprensible que su adoración?

Sin embargo, seguía existiendo un problema lógico en aquella apologética: Kashima-san.

Ella no creía en mí. Era la única japonesa que no aceptaba la nueva religión. Me odiaba. Sólo los gramáticos son lo bastante ingenuos para creer que la excepción confirma la regla: yo no lo era y el caso de Kashima-san me perturbaba.

Así pues, cuando yo acudía a la cocina para comer por segunda vez, ella no me permitía coger nada de su plato. Estupefacta por su impertinencia, volví a acercar mi mano a sus alimentos: aquello me costó una bofetada.

Pasmada, fui a lamentarme entre lágrimas junto a Nishio-san, esperando que castigaría a la impía; pero no ocurrió nada parecido.

—¿Te parece normal? —le dije con indignación.

—Es Kashima-san. Ella es así.

Me pregunté si aquella respuesta resultaba admisible. ¿Acaso tenían derecho a golpearme por la única razón de ser así? Me parecía un poco fuerte. Eso le costaría a la irreductible quedar al margen de mi influencia.

Ordené que su jardín no floreciese. Aquello no pareció inmutarla. Concluí que era indiferente a los encantos de la botánica. De hecho, no tenía jardín.

Opté entonces por una actitud más caritativa y decidí seducirla. Con una sonrisa magnánima, me planté ante ella y le tendí la mano, como Dios a Adán en la cúpula de la Capilla Sixtina: ella se dio la vuelta.

Kashima-san me rechazaba. Negaba mi existencia. Al igual que existe el Anticristo, ella era el Antiyó.

Experimenté hacia ella una inmensa piedad. ¡Qué siniestro debía de resultar no adorarme! Saltaba a la vista: Nishio-san y mis otros fieles resplandecían de felicidad, ya que quererme resultaba beneficioso para ellos.

Kashima-san no se dejaba arrastrar por aquella dulce necesidad: podía leerse en los hermosos rasgos de su rostro, en su expresión toda dureza y rechazo. Yo daba vueltas a su alrededor sin dejar de observarla, buscando la razón de su nula inclinación hacia mí. Nunca imaginé que la causa pudiera estar dentro de mí, tan fuerte era mi convicción de ser, de pies a cabeza, la indiscutible gema del planeta. Si la aristocrática aya no me quería, significaba que tenía un problema.

Lo encontré: a base de escrutar a Kashima-san, observé que sufría la enfermedad de reprimirse. Cada vez que surgía una ocasión de alegrarse, de reírse, de extasiarse o de divertirse, la boca de la noble dama se crispaba, sus labios se volvían rígidos: se reprimía.

Era como si los placeres fueran indignos de una persona de su condición. Como si para ella la felicidad constituyera una abdicación.

Me entregué a algunos experimentos científicos. Le llevé a Kashima-san la camelia más hermosa del jardín subrayando que la había cogido para ella: boca fruncida, agradecimiento seco. Le pedí a Nishio-san que le preparase un sublime *chawan mushi*, que fue consumido con remilgos y comentado con silencio. Al percibir un arco iris, corrí a llamar a Kashima-san para que lo admirase: se encogió de hombros.

En mi generosidad, decidí entonces dejarla contemplar el espectáculo más hermoso que pueda concebirse. Me puse el vestido que Nishio-san me había regalado: un pequeño kimono de seda rosa, decorado con nenúfares, con su largo *orbi* rojo, las *geta* laqueadas y la sombrilla de papel púrpura decorada con una migración de grullas blancas. Me embadurné la boca con el carmín de mi madre y fui a contemplarme en el espejo: no había lugar a dudas, estaba espléndida. Nadie se

resistiría a semejante aparición.

En primer lugar, fui a dejarme admirar por mis feligreses más leales, que profirieron los chillidos que yo ya esperaba. Dando vueltas como la más cortejada de las mariposas, ofrecí luego mi soberbia al jardín, en forma de danza frenética y brincadora. Aproveché la ocasión para adornar mi vestimenta con una peonía gigante con la que me cubrí la cabeza como si de un sombrero bermellón se tratase.

Engalanada de esta guisa, fui a mostrarme a Kashima-san. No tuvo ninguna reacción.

Aquello confirmó mi diagnóstico: se reprimía. De no ser así, ¿cómo había podido quedarse impertérrita ante mi vista? Y al igual que hizo Dios con el pecador, concebí para ella una absoluta conmiseración. ¡Pobre Kashima-san!

Si hubiera sabido que la oración existía, habría rezado por ella. Pero no veía modo alguno de integrar aquella aya aporética en mi visión del mundo y eso me contrariaba.

Me hacía descubrir las limitaciones de mi poder.

Entre los amigos de mi padre, había un hombre de negocios vietnamita que se había casado con una francesa. A consecuencia de los problemas políticos fácilmente imaginables en el Vietnam de 1970, aquel hombre había tenido que regresar con toda urgencia a su país, llevándose a su esposa pero sin atreverse a cargar con su hijo de seis años, que les fue confiado a mis padres por un tiempo indeterminado.

Hugo era un niño imperturbable y reservado. Me causó buena impresión hasta el momento en que se pasó al enemigo: mi hermano. Los dos muchachuelos se convirtieron en inseparables. Para castigarlo, decidí no pronunciar jamás el nombre de Hugo.

Continuaba diciendo muy pocas palabras en francés, con el objeto de administrar mis reservas. Aquella situación empezaba a resultar insostenible. Sentía la necesidad de proclamar cosas tan cruciales como «Hugo y André son unas cacas verdes». Lamentablemente, se suponía que yo era incapaz de pronunciar tan complicadas aserciones. Tascaba el freno pensando que a los chicos ya les llegaría su hora.

A veces me preguntaba por qué no les demostraba a mis padres la extensión de mi palabra: ¿por qué privarme de un poder semejante? Fiel, sin saberlo, a la etimología de la palabra «niño», intuía de un modo confuso que, al hablar, perdería algunas de las deferencias concedidas a los magos y a los retrasados mentales.

En el sur del Japón, el mes de abril es de una voluptuosa suavidad. Mis padres nos llevaron a la playa. Conocía muy bien el océano, gracias a la playa de Osaka, que, por aquel entonces, rebosaba de inmundicias: era igual que nadar en las cloacas. Así pues, nos trasladamos al otro extremo del país, a Tottori, donde descubrí el mar del Japón, cuya belleza me subyugó. Los nipones califican ese mar de macho, en oposición al océano, al que consideran hembra: esa distinción me dejó perpleja. Todavía hoy sigo sin comprenderla.

La playa de Tottori era grande como el desierto. Atravesé aquel Sahara y llegué hasta la orilla. El agua tenía tanto miedo como yo: a la manera de los niños tímidos, avanzaba y retrocedía sin cesar. Yo la imité.

Todos mis familiares se lanzaron al agua. Mi madre me llamó. No me atreví a seguirla, a pesar del flotador que llevaba a modo de cinturón. Miraba el mar con terror y deseo. Mamá vino a cogerme la mano y me llevó a rastras. De repente, escapé a la pesadez terrestre: el fluido se amparó de mí y me encaramó a su

superficie. Emití un grito de placer y éxtasis. Majestuosa como Saturno, con mi flotador por anillo, permanecí en el agua durante horas. Tuvieron que sacarme a la fuerza.

—¡Mar!

Aquélla fue la séptima palabra.

Pronto aprendí a prescindir del flotador. Bastaba mover las piernas y los brazos y se obtenía algo parecido al modo de nadar de un cachorro de perro. Como resultaba cansador, me las apañaba para permanecer allí donde hacía pie.

Un día se produjo el prodigio: entré en el mar, me puse a caminar en línea recta hacia adelante, en dirección a Corea, y constaté que el fondo dejaba de hundirse bajo mis pies. Se había levantado para mí. Cristo caminaba sobre las aguas: yo conseguía que el fondo marino ascendiera. A cada uno sus milagros. Exaltada, decidí caminar con la cabeza erguida hasta el continente.

Avanzaba hacia lo desconocido, pisando el dulce tapiz de aquel fondo tan complaciente. Caminaba, caminaba, alejándome de Japón a pasos de titán, pensando en lo fabuloso que resultaba gozar de semejantes poderes.

Caminaba, caminaba, y de pronto me hundí. El banco de arena que me había llevado hasta allí se agrietó debajo de mí. Perdí pie. El agua me engulló. Intenté mover frenéticamente brazos y piernas para regresar a la superficie, pero cada vez que mi cabeza emergía, una nueva ola volvía a hundirme bajo las olas igual que un torturador que intentara sonsacarme una confesión.

Comprendí que me estaba ahogando. Cuando mis ojos conseguían salir del mar, veía una playa que me parecía lejana, mis padres durmiendo la siesta y varias personas mirándome sin moverse, fieles al viejo principio nipón de jamás salvarle la vida a nadie, ya que eso implicaría obligarle a una gratitud excesiva para él.

Aquel espectáculo de mi público asistiendo a mi propia muerte resultaba todavía más horroroso que mi óbito.

Grité:

—*¡Tasukete!*

En vano.

Me dije entonces que ya no era momento de andarme con pudores con la lengua francesa y traduje el anterior grito chillando:

—¡Socorro!

Es posible que aquélla fuera la confesión que el agua quería obtener de mí: que hablara la lengua de mis padres. Por desgracia, éstos no oyeron nada. Los espectadores nipones respetaron su regla de no intervención hasta el punto de ni siquiera avisar a los responsables de mis días. Y yo miraba cómo me miraban morir con atención.

Pronto ya no tuve fuerzas para mover mis extremidades y me dejé arrastrar hacia

el fondo. Mi cuerpo se deslizó bajo las aguas. Sabía que aquellos momentos eran los últimos de mi vida y no quería perdérmelos: intenté abrir los ojos y lo que vi me fascinó. La luz del sol nunca había sido tan hermosa como a través de las profundidades del mar. El movimiento de las olas propagaba ondas centelleantes.

Aquello hizo que me olvidara del miedo a la muerte. Me parece que permanecí allí durante horas.

Unos brazos me arrancaron y sacaron a la superficie. Respiré de golpe, muy fuerte, y abrí los ojos para ver quién me había salvado: era mi madre que lloraba. Me llevó hasta la playa abrazándome con fuerza sobre su vientre.

Me envolvió en una toalla y frotó mi espalda y mi pecho vigorosamente: vomité mucha agua. Y luego me meció mientras, entre lágrimas, me contaba:

—Hugo te ha salvado la vida. Estaba jugando con André y Juliette cuando, por casualidad, ha visto tu cabeza en el momento en que desaparecía bajo el mar. Ha venido a avisarme enseñándome dónde estabas. ¡De no ser por él, estarías muerta!

Miré al pequeño euroasiático y dije solemnemente:

—Gracias, Hugo, eres muy bueno.

Silencio patidifuso.

—¡Habla! ¡Habla como una emperatriz! —exclamó con júbilo mi padre, que en un instante pasó de los escalofríos inmediatamente anteriores a la carcajada.

—Hace tiempo que hablo —dije, encogiéndome de hombros.

El agua había conseguido su objetivo: había confesado.

Tumbada en la arena cerca de mi hermana, me preguntaba si me sentía feliz de no estar muerta. Miraba a Hugo como si fuera una ecuación matemática: sin él, yo no existiría. ¿Me gustaría no existir? «No habría estado aquí para saber si me gustaba o no», me dije con lógica. Sí, me sentía feliz de no estar muerta, de saber que eso me gustaba.

Junto a mí, la hermosa Juliette. Sobre mí, las magníficas nubes. Delante de mí, el admirable mar. Detrás de mí, la infinita playa. El mundo era hermoso: merecía la pena vivir.

De regreso a Shukugawa, decidí aprender a nadar. No lejos de la casa, en la montaña, había un pequeño lago verde que bauticé como el Pequeño Lago Verde. Era el paraíso líquido. Sus aguas tibias eran de una belleza subyugadora, perdidas entre una profusión de azaleas.

Nishio-san tomó la costumbre de llevarme cada mañana al Pequeño Lago Verde. Sola, descubrí el arte de nadar como un pez, siempre con la cabeza debajo del agua, los ojos abiertos y fijos en los misterios ocultos, cuya existencia había descubierto gracias al ahogamiento.

Cuando mi cabeza emergía, veía cómo se levantaban a mi alrededor las montañas pobladas de árboles. Era el centro geométrico de un círculo de esplendor en constante expansión.

Haber rozado la muerte no quebrantaba mi convicción no formulada de ser una divinidad. ¿Por qué los dioses iban a ser inmortales? ¿En qué medida podía la inmortalidad convertir a alguien en divino? ¿Acaso es menos sublime la peonía por el hecho de marchitarse?

Le pregunté a Nishio-san quién era Jesús. Me contestó que no lo sabía exactamente.

—Sé que es un dios —se aventuró a decir—. Y que tenía el pelo largo.

—¿Crees en él?

—No.

—¿Crees en mí?

—Sí.

—Yo también tengo el pelo largo.

—Sí. Pero a ti, además, te conozco.

Nishio-san era una buena persona: tenía opiniones fundadas.

Mi hermano, mi hermana y Hugo iban a la escuela americana, cerca del monte Rokko. Entre sus libros escolares, André tenía uno titulado *My friend Jesús*. Todavía no era capaz de leerlo, pero contenía ilustraciones. Hacia el final, podía verse al héroe en una cruz con mucha gente a su alrededor, mirándolo. Aquel dibujo me fascinaba. Le pregunté a Hugo por qué Jesús estaba clavado en una cruz.

—Es para matarlo —contestó.

—¿Estar en una cruz mata a los hombres?

—Sí. Es porque está clavado sobre la madera. Son los clavos los que le matan.

Aquella explicación me pareció de recibo. La imagen resultaba todavía más formidable. Así pues, Jesús se estaba muriendo ante la multitud, ¡y nadie acudía para salvarlo! Me recordaba algo.

Yo también había pasado por aquella situación: estar diñándola mirando cómo la gente me miraba. Habría bastado que alguien acudiera a retirar los clavos del crucificado para salvarlo: habría bastado que alguien acudiera a sacarme del agua, o simplemente que alguien avisara a mis padres. En mi caso, como en el de Jesús, los espectadores habían preferido no intervenir.

Sin duda los habitantes del país del crucificado tenían los mismos principios que los japoneses: salvar la vida de un ser equivalía a convertirlo en un esclavo a causa de una exagerada gratitud. Valía más dejarlo morir que privarlo de su libertad.

No pretendía rebatir aquella teoría; sólo sabía que resultaba terrible sentirse morir ante un público pasivo. Y experimenté una profunda complicidad con Jesús, ya que estaba convencida de comprender el sentimiento de rebeldía que le invadía en aquel

momento.

Quise saber más sobre aquella historia. Como la verdad parecía estar encerrada en las rectangulares hojas de los libros, decidí aprender a leer. Anuncié mi decisión; se rieron en mis narices.

Ya que no me tomaban en serio, lo haría yo sólita. No suponía ningún problema. Había aprendido por mí misma a hacer cosas igualmente dignas de admiración: hablar, andar, nadar, reinar y jugar a la peonza.

Me pareció racional empezar con un *Tintín* por las ilustraciones. Elegí uno al azar, me senté en el suelo y fui pasando las páginas. Me resultaría imposible explicar lo que ocurrió, pero en el momento en que la vaca salió de la fábrica a través de un grifo que fabricaba salchichas, sentí que ya sabía leer.

Me guardé de revelar a otros aquel prodigio, ya que mi deseo de leer les había parecido risible. Abril era el mes de los cerezos del Japón en flor. El barrio lo celebraba por la noche, con sake. Nishio-san me dio un vaso: aquello me hizo gritar de satisfacción.

Pasaba largas noches de pie, sobre mi almohada, agarrada a los barrotes de mi cama-jaula, mirando fijamente a mi padre y a mi madre, como si tuviera el proyecto de escribir un estudio zoológico sobre sus personas. Ambos experimentaban un creciente malestar. La seriedad con que los contemplaba los intimidaba hasta el punto de hacerles perder el sueño. Mis padres comprendieron que yo ya no podía dormir en su habitación.

Trasladaron mis pertenencias a una especie de granero. Aquello me encantó. Examinarlo me produjo un placer desconocido, especialmente sus grietas, más expresivas que aquellas cuyos meandros había estado observando durante dos años y medio. Había también un fárrago de objetos que interrogar con la mirada: cajas, ropa vieja, una piscina hinchable deshinchada, raquetas podridas y otras maravillas.

Pasaba fascinantes noches de insomnio preguntándome por el contenido de aquellas cajas de cartón: debía de tratarse de algo muy hermoso para permanecer tan bien escondido. Habría sido incapaz de bajar de la cama-jaula para ir a mirar: estaba demasiado alta.

A finales de abril, una maravillosa novedad conmovió mi existencia: abrieron la ventana de mi habitación durante la noche. No recordaba haber dormido con la ventana abierta. Resultaba prodigioso: podía escrutar los enigmáticos murmullos que se escapaban de un mundo soñoliento, interpretarlos, darles sentido. La cama-jaula estaba instalada junto a la pared, bajo la abuhardillada ventana: cuando el viento separaba las cortinas, podía ver el cielo color de sésamo. El descubrimiento de aquel color me dejó sin respiración: resultaba reconfortante descubrir que la noche no era negra.

Mi ruido preferido era el ladrido lancinante y lejano de un perro inidentificable que bauticé como *Yorukoé*, «la voz de la noche». Sus gimoteos molestaban al barrio. Me fascinaba como un canto melancólico. Me habría gustado conocer la razón de tanta desesperación.

La suavidad del aire nocturno fluía por la ventana y se asomaba directamente sobre mi cama. Me la bebía hasta sentirme ebria. Sólo por aquella prodigalidad de oxígeno habría podido adorar el universo.

Durante aquellos fastuosos insomnios, mi oído y mi olfato funcionaban a pleno rendimiento. La tentación de utilizar la vista no era menos intensa. Aquel ojo de buey,

encima de mí, constituía una provocación.

Una noche, no pude resistirlo más. Escalé los barrotes de mi cama-jaula por la pared, levanté las manos lo más alto posible: logré agarrarme al borde inferior de la ventana. Embriagada por aquella hazaña, conseguí levantar mi débil cuerpo hasta aquel punto de apoyo. Encaramada sobre el vientre y los codos, descubrí finalmente el paisaje nocturno: exultaba de admiración frente a las grandes y oscuras montañas, los pesados y majestuosos tejados de las casas vecinas, la fosforescencia de las flores de los cerezos, el misterio de las calles oscuras. Quise asomarme para ver dónde tendía la ropa Nishio-san y lo que tenía que ocurrir ocurrió: me caí.

Se produjo un milagro: tuve el reflejo de separar las piernas y mis pies permanecieron agarrados a los dos ángulos inferiores de la ventana. Mis pantorrillas y mis muslos se extendían a lo largo del estrecho reborde del tejado, mis caderas descansaban sobre el canalón, mi tronco y mi cabeza permanecían suspendidos en el vacío.

Una vez superado el susto inicial, empecé a sentirme a gusto en mi nuevo puesto de observación. Contemplé la parte trasera de la casa con enorme interés. Jugué a balancearme de izquierda a derecha y me dediqué al estudio balístico de mis escupitajos.

Por la mañana, cuando mi madre entró en la habitación, emitió un grito de terror: justo encima de la cama vacía, la ventana abierta con las cortinas separadas y mis pies a uno y otro lado. Me sujetó por los tobillos, me hizo reingresar *intra muros* y me administró la azotaina del siglo.

—No podemos dejarla dormir sola. Es demasiado peligroso.

Quedó decretado que el desván se convertiría en la habitación de mi hermano y que, a partir de entonces, yo compartiría la de mi hermana ocupando el lugar de André. Aquella mudanza trastocó mi vida. Dormir con Juliette acentuó hasta la exaltación la pasión que sentía por ella: compartiría su habitación durante los quince años siguientes.

A partir de aquel momento, mis insomnios sirvieron para contemplar a mi hermana. Las hadas que se habían asomado sobre su cuna no sólo le habían concedido la gracia de dormir, sino también la gracia a secas: en absoluto molesta por mi permanente mirada, ella dormía con una calma que obligaba a la admiración. Me aprendí de memoria el ritmo de su respiración y la musicalidad de sus suspiros. Nadie conoce tan bien como yo el reposo ajeno.

Veinte años más tarde, leí, estremecida, el siguiente poema de Aragon:

Entré en la casa como un ladrón
Tú compartías ya el intenso reposo de las flores
Me asusta tu silencio y sin embargo respiras

Contra mí te mantengo aliento imaginario
Yo soy cerca de ti el turbado vigía
Que con cada paso multiplica su eco
En el fondo de la noche
Yo soy cerca de ti de los muros vigía
Que sufre por la hoja y muere por un susurro
En el fondo de la noche
Vivo por esa queja en la hora del reposo
Vivo por ese temor en mí por cualquier cosa
En el fondo de la noche
Ve y diles, gacela mía, a los días futuros
Que aquí el nombre de Elsa sólo es mi rúbrica
En el fondo de la noche.

Sólo había que sustituir Elsa por Juliette.

Ella dormía por las dos. Por la mañana, me levantaba, radiante y dispuesta, descansada por el sueño de mi hermana.

El mes de mayo empezó bien.

Alrededor del Pequeño Lago Verde las azaleas protagonizaban una explosión floral. Como si una chispa hubiera prendido la pólvora, toda la montaña se vio contaminada. En lo sucesivo, nadé entre el rosa más intenso.

La temperatura diurna no se movía de los veinte grados: el Edén. Estaba a punto de pensar que mayo era un mes excelente cuando estalló el escándalo: en el jardín, mis padres levantaron un mástil en cuyo extremo superior flameaba, ondeando al viento como una bandera, un enorme pez de papel rojo.

Pregunté de qué se trataba. Me explicaron que de una carpa, en honor a mayo, el mes de los chicos. Dije que no veía cuál era la relación. Me respondieron que la carpa era el símbolo de los chicos y que se enarbolaba ese tipo de esfígie piscícola en los hogares de aquellas familias que tuvieran un hijo de sexo masculino.

—¿Y cuándo cae el mes de las chicas? —pregunté.

—No existe.

Me quedé sin habla. ¿Qué clase de apabullante injusticia era aquélla?

Mi hermano y Hugo me miraron con expresión burlona.

—¿Por qué una carpa para un chico? —pregunté de nuevo.

—¿Por qué los bebés siempre dicen por qué? —me replicaron.

Me alejé dolida, convencida de la pertinencia de mi pregunta.

Es cierto que ya había observado la existencia de una diferencia sexual, pero eso nunca me había perturbado. Existían muchas diferencias sobre la tierra: los japoneses y los belgas (creía que todos los blancos eran belgas menos yo, que me consideraba japonesa), los pequeños y los mayores, los buenos y los malos, etc. Me parecía que la de mujer u hombre era una oposición como otra cualquiera. Por primera vez, sospeché que se trataba de algo mucho más importante.

En el jardín, me situé debajo del mástil y empecé a observar la carpa. ¿En qué evocaba más a mi hermano que a mí? ¿Y la masculinidad, en qué resultaba tan formidable como para dedicarle una bandera y un mes, más aún teniendo en cuenta que aquél era un mes de suavidad y de azaleas? Mientras que a la feminidad ¡ni siquiera le dedicaban un banderín, ni un solo día!

Le propiné una patada al mástil, que no manifestó ninguna reacción.

Ya no estaba tan convencida de que el mes de mayo fuera de mi agrado. Además,

los cerezos del Japón habían perdido sus flores: se había producido una especie de otoño primaveral. La frescura se marchitaba antes de que yo la hubiera visto resucitar dos matorrales más allá.

Mayo merecía ser el mes de los chicos: era el mes del declive.

Solicité ver carpas de verdad, como un emperador exige ver un auténtico elefante.

En Japón, nada más sencillo que ver carpas, y en mayo más todavía. Se trata de un espectáculo difícil de evitar. En los parques públicos, siempre que hay un punto de agua, contiene carpas. La función de los *koi* no es la de ser comidos —en realidad, un *sashimi* de carpa sería una pesadilla—, sino observados y admirados. Ir al parque a contemplarlos constituye una actividad tan civilizada como asistir a un concierto.

Nishio-san me llevó al arboretum de Futatabi. Yo caminaba levantando la nariz, asustada ante el inmenso esplendor de las criptómeras, horrorizada por su edad: yo tenía dos años y medio, ellas doscientos cincuenta: eran, literalmente, cien veces más viejas que yo.

El Futatabi era un santuario vegetal. Ni siquiera viviendo en el corazón de la hermosura, como era mi caso, uno podía dejar de sentirse subyugado por lo soberbio de aquella cuidada naturaleza. Los árboles parecían ser conscientes de su prestigio.

Llegamos al estanque. Observé un hormigueo de colores. En la otra orilla, un bonzo se acercó a tirar unos gránulos: vi cómo las carpas saltaban para alcanzarlos. Algunas eran enormes. Era un brote refulgente que iba del azul metálico al naranja pasando por el blanco, el negro, la plata y el oro.

Entrecerrando los ojos, uno sólo podía contemplar su chispeante colorido a la luz y maravillarse. Pero, abriéndolos de par en par, uno no podía hacer abstracción de su espesa silueta de peces-diva, de sobrealimentadas sacerdotisas de la piscicultura.

En el fondo, parecían Castafiores mudas, obesas y engalanadas con vestidos tornasolados. Los vestidos multicolores resaltan el lado ridículo de las morcillonas, igual que los abigarrados tatuajes hacen destacar la grasa en los gordinflones. Nada resultaba tan poco agraciado como aquellas carpas. No me disgustó que fueran el símbolo de los chicos.

—Viven más de cien años —me dijo Nishio-san en un tono de absoluto respeto.

No estaba muy segura de que fuera algo de lo que presumir. La longevidad no era un fin en sí mismo. Para una criptómera, vivir largamente suponía tener tiempo de asentar un reino, de suscitar la admiración y el reverencial temor ante semejante monumento de fuerza y paciencia.

Para una carpa, ser centenaria significaba revolcarse en una adiposa duración, suponía criar moho con su fangosa carne de pez de aguas estancadas. Hay algo todavía más repugnante que la grasa joven: la grasa vieja.

Me abstuve de expresar mi opinión. Regresamos a casa. Nishio-san aseguró a los míos que las carpas me habían encantado. No la desmentí, cansada ante la idea de

exponerles mis puntos de vista.

André, Hugo, Juliette y yo nos bañábamos juntos. Los dos enclenques granujas se parecían a todo menos a unas carpas. Eso no les impedía ser feos. Quizás ése era el punto en común originario de aquel símbolo: estar en posesión de algo feo. Las chicas nunca habrían podido ser representadas por un animal repugnante.

Le pedí a mi madre que me acompañase al «apuario» (curiosamente, era incapaz de pronunciar la palabra «acuario») de Kobe, uno de los más famosos del mundo. A mis padres les sorprendió aquella pasión ictiológica.

Sólo deseaba comprobar si todos los peces eran tan feos como las carpas. Permanecí durante largo rato observando la fauna de aquellos amplios y acristalados estanques: descubrí animales más encantadores y agraciados que otros. Algunos eran fantasmagóricos como el arte abstracto. Un creador habría gozado con tanta elegancia importable y, sin embargo, allí al alcance de la mano.

Mi conclusión fue inapelable: de todos los peces, el más inepto —el único que era inepto— era la carpa. Me reí para mis adentros. Mi madre vio cómo disfrutaba. «Esta pequeña estudiará biología submarina», decretó con sagacidad.

Los japoneses habían acertado al elegir a aquel animal como símbolo del sexo feo.

Quería a mi padre, toleraba a Hugo —al fin y al cabo me había salvado la vida—, pero consideraba a mi hermano la peor de las molestias. La única ambición de su existencia parecía ser perseguirme: lo hacía con tanto deleite que constituía un fin en sí mismo. Cuando me había hecho rabiar durante horas, ya daba por bien empleada su jornada. Al parecer, todos los hermanos mayores son así: quizás habría que exterminarlos.

Con junio llegó el calor. Me pasaba el día en el jardín y sólo lo abandonaba, a mi pesar, para dormir. El primer día del mes, el mástil y la bandera piscícola fueron retirados: los chicos ya no eran merecedores de honor alguno. Era como si hubieran echado abajo la estatua de alguien que no me gustara. Se acabaron las carpas en el cielo. Junio me resultaba todavía más simpático.

La temperatura permitía los espectáculos al aire libre. Me anunciaron que todos estábamos invitados a escuchar cantar a mi padre.

—¿Papá canta?

—Canta *no*.

—¿Y eso qué es?

—Ya lo verás.

Nunca había oído cantar a mi padre: se aislaba para sus ejercicios, o quizás los practicara en su escuela, junto a su maestro de *no*.

Veinte años más tarde, me enteré de cuál fue la singular casualidad que hizo que el responsable de mis días, al que nada predisponía para una carrera lírica, se convirtiera en cantante de *no*. Había desembarcado en Osaka en 1967, en calidad de cónsul de Bélgica. Era su primer destino asiático y aquel joven diplomático de treinta años había experimentado hacia aquel país un flechazo recíproco. Japón se convirtió —y siguió siéndolo— en el amor de su vida.

Con el entusiasmo del neófito, quería descubrir todas las maravillas del Imperio. Como todavía no hablaba la lengua local, una brillante intérprete nipona lo acompañaba a todas partes. También le hacía de guía y de iniciadora en las diferentes formas de artes nacionales. Al comprobar hasta qué punto era abierto de espíritu, se le ocurrió mostrarle una de las joyas menos accesibles de la cultura tradicional: el *no*. En aquella época, los occidentales se mostraban tan cerrados al *no* como abiertos al *kabuki*.

Así pues, le hizo visitar una venerable escuela de *no* del Kansai, cuyo maestro era un Tesoro viviente. Mi padre tuvo la sensación de haber retrocedido mil años en el tiempo. Aquel sentimiento se agravó cuando escuchó el *no*: de entrada, pensó que se trataba de borborigmos procedentes de la noche de los tiempos. Experimentó el tipo de malestar hilarante que inspiran las reconstrucciones de escenas prehistóricas en los museos.

Lentamente, fue comprendiendo que se trataba de lo contrario, que se hallaba ante la sofisticación misma y que no existía nada tan estilizado y civilizado. De ahí a que le gustase, todavía había un trecho que no podía recorrer.

A pesar de aquellos extraños decibelios que lo asustaban, mantuvo la expresión afable y encantada de un auténtico diplomático. Al final de la melopeya —que, por supuesto, se alargó durante horas—, no manifestó ni un ápice del aburrimiento que había experimentado.

Mientras tanto, su presencia había provocado la perplejidad de toda la escuela. El viejo maestro de *no* acabó plantándose ante él para decirle:

—Honorable huésped, es la primera vez que un extranjero penetra en estos lugares. ¿Puedo pedirle su opinión acerca de los cantos que acaba de escuchar?

La intérprete hizo su trabajo.

Confundido por la ignorancia, mi padre se aventuró a expresar amables tópicos sobre la importancia de la cultura ancestral, la riqueza del patrimonio artístico de aquel país y otras estupideces, a cual más conmovedora.

Consternada, la intérprete decidió no traducir una respuesta tan tonta. Así pues, aquella japonesa culta sustituyó la opinión del responsable de mis días por la suya propia y la expresó con las palabras justas.

A medida que iba «traduciendo», el viejo maestro abría cada vez más los ojos. ¡Cómo! ¡Aquel ingenuo blanco, que apenas acababa de desembarcar y escuchaba *no* por vez primera había comprendido la esencia y la sutileza de aquel arte supremo!

Con un gesto impensable en un nipón, y mucho menos en un Tesoro viviente, tomó la mano del extranjero con solemnidad y le dijo:

—Honorable huésped, ¡usted es un mago! ¡Un ser excepcional! ¡Tiene que convertirse en mi alumno!

Y como mi padre es un excelente diplomático, contestó en el acto por mediación de la dama:

—Era mi más preciado deseo.

De entrada, no calibró las consecuencias de su buena educación, al suponer que todo quedaría en papel mojado. Pero, sin más dilación, el viejo maestro le ordenó que acudiera a la escuela a recibir su primera lección al día siguiente, a las siete de la mañana.

Un hombre en su sano juicio lo habría anulado por la mañana con una llamada telefónica de su secretaria. El responsable de mis días, en cambio, se levantó al amanecer del día señalado y acudió a la hora indicada. El venerable profesor no pareció sorprenderse lo más mínimo y le prodigó su áspera lección sin asomo de indulgencia, considerando que un alma tan profunda merecía el honor de ser tratada con dureza.

Al final de la lección, mi pobre padre estaba reventado.

—Muy bien —comentó el viejo maestro—. Regrese mañana a la misma hora.

—Es que… yo empiezo a trabajar a las ocho y media en el consulado.

—Ningún problema. Venga a las cinco de la mañana.

Hundido, el alumno obedeció. Acudió a la escuela cada mañana a aquella hora inhumana para un hombre que ya tenía un oficio con muchas obligaciones, salvo los fines de semana, en los que podía permitirse empezar sus clases a las siete, lo que constituía un auténtico lujo de pereza.

El discípulo belga se sentía arrollado por aquel monumento de civilización nipona al cual intentaba incorporarse. Él, al que, antes de su llegada al Japón, le gustaba el fútbol y el ciclismo, se preguntaba por qué infausta metedura de pata del azar se encontraba sacrificando su existencia en aras de un arte tan oculto. Aquello le convenía tan poco como el jansenismo a un vividor o la ascesis a un tragón.

Se equivocaba. El viejo maestro había tenido más razón que un santo. No tardó en hacer salir a flote, desde el fondo del ancho pecho del extranjero, un órgano de primer orden.

—Es usted un cantante admirable —le dijo a mi padre, que, entretanto, había aprendido japonés—. Así pues, completaré su formación y le enseñaré a bailar.

—¿A bailar…? Pero, honorable maestro, ¡míreme! —balbuceó el belga mostrando su espesa y palurda silueta.

—No veo cuál es el problema. Empezaremos la lección de danza mañana por la mañana, a las cinco.

Al día siguiente, al final de la clase, le tocó al profesor sentirse consternado. En tres horas, a pesar de su paciencia, no consiguió arrancarle al responsable de mis días ni un solo movimiento que no fuera lamentable en su torpeza y simplicidad.

Educado y entristecido, el Tesoro viviente concluyó con las siguientes palabras:

—Haremos una excepción con usted. Será un cantante *no* que no bailará.

Más tarde, muerto de risa, el viejo maestro no perdería la oportunidad de contar a sus coristas a qué se parecía un belga aprendiendo el baile del abanico.

El pobre bailarín, sin embargo, se convirtió en un artista si no pasmoso, sí apreciable. Como se trataba del único extranjero del mundo en poseer ese talento, se hizo famoso en el Japón con el nombre que le quedó para siempre: «el cantante *no* de los ojos azules».

Todos los días, durante los cinco años que duró su consulado en Osaka, acudió, al amanecer, a perder sus tres horas de lección en la escuela del venerable profesor. Se estableció entre ambos una magnífica relación de amistad y admiración que unió, en el país del Sol Naciente, al discípulo con el *sensei*.

A los dos años y medio, yo no sabía nada de aquella historia. No tenía ni la más remota idea de cómo ocupaba mi padre sus jornadas. De noche, regresaba a casa. Ignoraba de dónde venía.

—¿A qué se dedica Papá? —le pregunté un día a mi madre.

—Es cónsul.

Otra vez una palabra desconocida cuyo significado acabaría averiguando.

Llegó la tarde del anunciado espectáculo. Mi madre llevó al templo a Hugo y a sus tres hijos. El escenario ritual del *no* había sido instalado al aire libre en el jardín del santuario.

Como el resto de los espectadores, recibimos cada uno un cojín duro para poder arrodillarnos. El lugar era muy hermoso y yo me pregunté qué iba a ocurrir.

La ópera empezó. Vi aparecer a mi padre en el escenario con la extremada lentitud requerida. Llevaba un vestido precioso. Sentí un inmenso orgullo de tener un progenitor tan bien vestido.

Luego se puso a cantar. Reprimí una expresión de terror. ¿Qué eran aquellos extraños y espantosos sonidos procedentes de su vientre? ¿Cuál era aquel idioma incomprensible? ¿Por qué la voz paterna se había transformado en un lamento irreconocible? ¿Qué le había ocurrido? Sentí deseos de llorar, como si acabara de presenciar un accidente.

—¿Qué le ocurre a Papá? —le murmuré a mi madre, que me ordenó callar.

¿Era aquello cantar? Cuando Nishio-san me cantaba canciones infantiles me gustaba. Ahora, los ruidos que salían de la boca de mi padre no sabía si me gustaban; sólo sabía que me horrorizaban, que me producían pánico, que me habría gustado estar en otro lugar.

Más tarde, mucho más tarde, aprendí a amar el *no*, a adorarlo, al igual que el responsable de mis días, que necesitó aprender a cantarlo para amarlo con locura. Pero un espectador inculto y sincero que escucha *no* por vez primera no puede sino sentir un profundo malestar, como el extranjero que prueba por primera vez la áspera ciruela marinada a la sal que se come en el desayuno tradicional japonés.

Viví una tarde temible. Al miedo inicial le sucedió el aburrimiento. La ópera duró cuatro horas, durante las cuales no ocurrió estrictamente nada. Me preguntaba qué hacíamos allí. No parecía ser la única en hacerse aquella pregunta. Hugo y André mostraban su mortal aburrimiento. En cuanto a Juliette, simplemente se había quedado dormida sobre su cojín. Sentí envidia de aquella bienaventurada. Incluso a mi madre le resultaba difícil reprimir algunos bostezos.

Mi padre, arrodillado para no tener que bailar, salmodiaba su interminable melopeya. Me preguntaba qué debía de pasar por su cabeza. A mi alrededor, el público japonés lo escuchaba con impasibilidad, señal de que cantaba bien.

Al atardecer, el espectáculo terminó por fin. El artista belga se levantó y abandonó el escenario mucho más deprisa de lo autorizado por la tradición, y eso por una razón técnica: para un cuerpo nipón, permanecer de rodillas durante horas no plantea ningún problema, mientras que las piernas paternas se habían quedado profundamente dormidas. No quedaba otra opción que correr hacia los bastidores para desplomarse allí mismo, lejos de las miradas. De todos modos, en el *no* el cantante no regresa al escenario a recibir los aplausos, que, por otra parte, suelen ser muy poco generosos. Ovacionar a un artista habría parecido el colmo de la

vulgaridad.

Por la noche, mi padre me preguntó qué me había parecido la representación. Respondí con otra pregunta:

—¿En eso consiste ser cónsul? ¿En cantar?

Se puso a reír.

—No, no es eso.

—¿Qué es, entonces, ser cónsul?

—Es más difícil de explicar. Te lo diré cuando seas mayor.

«Eso esconde algo», pensé. Debía de implicar actividades comprometedoras.

Cuando permanecía con un *Tintín* abierto sobre las rodillas nadie sabía que estaba leyendo. Creían que me limitaba a mirar los dibujos. En secreto, leía la Biblia. El Antiguo Testamento resultaba incomprensible, pero en el Nuevo había cosas que parecían escritas para mí.

Me encantaba el pasaje en el que Jesús perdona a María Magdalena, pese a que no comprendía la naturaleza de sus pecados, aunque ese detalle me resultaba indiferente: me gustaba que se arrodillase ante él y que le frotase los pies con sus largos cabellos. Me habría gustado que me hicieran algo así.

El calor se disparó. Julio inauguró la época de lluvias. Empezó a llover casi todos los días. La lluvia, tibia y hermosa, me sedujo desde el primer momento.

Me encantaba permanecer días enteros en la terraza, mirando cómo el cielo se encarnizaba sobre la tierra. Jugaba a ser el árbitro de aquel cosmogónico combate haciendo el recuento de los puntos. Las nubes resultaban mucho más impresionantes que el sol, y sin embargo éste siempre acababa por vencer, ya que era el gran campeón de la fuerza de inercia. Cuando el sol veía acercarse los espléndidos nubarrones cargados de agua, mascullaba su leitmotiv:

—Venga, vapuléame, mándame tu stock de municiones, despáchate a gusto, aplástame, no diré nada, no gemiré, nadie encaja como yo, y cuando ni siquiera existas por culpa de haberme escupido encima demasiadas veces, yo seguiré estando ahí.

A veces, abandonaba mi refugio para tumbarme sobre la víctima y compartir su suerte. Elegía el momento más fascinante, el de la tempestad: el pugilato definitivo, la fase del combate en la que el asesino golpea la cara al ritmo del granizo, sin parar, en un aparatoso estruendo de osamenta que cruje.

Intentaba mantener los ojos abiertos para mirar al enemigo a la cara. Su belleza resultaba espantosa. Me entristecía saber que, tarde o temprano, perdería. En aquel duelo, había elegido mi bando: estaba vendida al adversario. Aun cuando vivía en la Tierra, era partidaria de las nubes: resultaban tan seductoras. No habría dudado en cometer traición por ellas.

Nishio-san venía a buscarme para obligarme a refugiarme bajo el techo de la

terraza.

—Estás loca, te pondrás enferma.

Mientras me quitaba la ropa empapada y me friccionaba con una toalla, contemplaba la cortina de agua que proseguía con su obra pleonástica: terraplenar la Tierra. Tenía la impresión de vivir en un gigantesco túnel de lavado.

A veces sucedía que la lluvia ganaba. Aquella provisional victoria recibía el nombre de inundación.

El nivel del agua subió en el barrio. En el Kansai, aquel tipo de fenómeno se producía todos los veranos y no se consideraba una catástrofe: era un ritual previsto y en vista del cual se tomaban medidas, como por ejemplo dejar abiertas las *o-miso* (las honorables alcantarillas) de las calles.

En coche, era conveniente circular lentamente con el fin de evitar las excesivas proyecciones de agua. Me daba la impresión de viajar en barco. Las estaciones de lluvia me satisfacían por múltiples razones.

El Pequeño Lago Verde casi había doblado su superficie, sepultando las azaleas circundantes. Tenía dos veces más espacio para nadar y me parecía deliciosamente extraño el hecho de tropezar, en ocasiones, con un matorral florecido bajo los pies.

Un día, aprovechando una tregua pasajera, mi padre quiso dar un paseo por el barrio.

—¿Me acompañas? —me preguntó tendiéndome la mano.

Imposible negarse.

Así pues, nos marchamos los dos a dar una vuelta por las calles inundadas. Me encantaba pasear con mi padre, que, absorto en sus pensamientos, me dejaba hacer las tonterías que quisiera. Mi madre nunca me habría permitido saltar con los pies juntos en los torrentes del borde de la calle, mojando mi falda y el pantalón paterno. Él ni siquiera se daba cuenta.

Era un auténtico barrio japonés, tranquilo y hermoso, bordeado de paredes culminadas por tejas niponas, con los *ginkgos* sobresaliendo de los muros de los jardines. A lo lejos, la callejuela se transformaba en un camino que serpenteaba por la montaña hacia el Pequeño Lago Verde. Aquél era mi universo: y, por única vez en mi vida, me concedió la profunda sensación de sentirme en casa. Tenía la mano levantada para sujetar la de mi padre. Todo estaba en su sitio, empezando por mí, cuando de pronto me percaté de que mi mano estaba vacía.

Miré a mi alrededor: no había nadie. Estaba segura de que, un segundo antes, mi padre estaba allí. Había bastado girar la cabeza un momento para que se esfumase. Ni siquiera había notado el instante en el que me había soltado la mano.

Una angustia indescriptible se apoderó de mí: ¿cómo un hombre podía volatilizarse de aquel modo? ¿Acaso los seres eran algo tan precario que uno podía perderlos sin motivo ni explicación? ¿Podía desaparecer una mole como aquélla en

un abrir y cerrar de ojos?

De repente, escuché la voz paterna que me llamaba: desde ultratumba, sin duda, ya que, por más que mirase a mi alrededor, seguía sin aparecer. Su voz parecía atravesar el mundo para llegar hasta mí.

—Papá, ¿dónde estás?

—Estoy aquí —respondió con calma.

—¿Dónde?

—No te muevas. Sobre todo no avances hacia donde estaba yo.

—¿Dónde estabas tú?

—A un metro de ti, a tu derecha.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Estoy debajo de ti. Había una alcantarilla abierta, me he caído dentro.

Miré a mi lado. En medio de la calle, convertida en río, no se distinguía ninguna trampilla. Pero, observando con más detenimiento, me pareció apreciar una especie de torbellino que debía de indicar la apertura de las alcantarillas.

—¿Estás en el *miso*, Papá? —pregunté con hilaridad.

—Sí, querida —dijo él serenamente con la intención de tranquilizarme.

Se equivocaba: habría hecho mejor alarmándome. No estaba asustada en absoluto. Aquel episodio me parecía de lo más cómico y no veía dónde estaba el peligro. Observaba fijamente el agujero de agua que lo había engullido, maravillada de que pudiera hablarme a través de aquella muralla líquida: me habría gustado reunirme con él para ver cómo era su refugio acuático.

—¿Estás bien donde estás, Papá?

—Sí. Vuelve a casa, y dile a Mamá que estoy en la alcantarilla, ¿de acuerdo? —contestó con tanta sangre fría que no me di cuenta de la urgencia de mi misión.

—Voy.

Di media vuelta y me puse a juguetear.

Por el camino, me detuve, asaltada de pronto por una evidencia: ¿y si el oficio de mi padre consistía precisamente en eso? ¡Pues claro! Cónsul significaba alcantarillero. No había querido contármelo porque no se sentía orgulloso de su profesión. ¡Qué callado se lo tenía!

Me reí: por fin había aclarado el misterio de las actividades paternas. Salía temprano por la mañana y regresaba por la noche sin que yo supiera adónde iba. Ahora ya lo sabía: se pasaba el día en las canalizaciones.

Pensándolo mejor, me alegré de que mi padre tuviera un trabajo relacionado con el agua: el hecho de que fuera agua sucia no quitaba que fuera agua, mi aliado elemento, el que más se parecía a mí, aquél en el que mejor me sentía, a pesar de haber estado a punto de ahogarme en él. Por otra parte, ¿acaso no resultaba lógico que hubiera estado a punto de morir en el elemento con el que más identificada me sentía? Todavía ignoraba que los amigos eran los mejores traidores en potencia, pero sabía que las cosas más seductoras tenían que ser, a la fuerza, las más peligrosas,

como inclinarse demasiado por la ventana o tumbarse en medio de la calle.

Aquellos interesantes pensamientos borraron el recuerdo de la misión que me había sido encomendada por el alcantarillero. Empecé a jugar al borde de la callejuela, a saltar con los pies juntos sobre auténticos ríos mientras cantaba canciones que me iba inventando; sobre una pared, localicé un gato que, por miedo a mojarse, no se atrevía a cruzar: lo cogí en brazos y lo deposité sobre la pared de enfrente, no sin antes soltarle un discurso sobre los placeres de la natación y las ventajas que le reportaría. El minino huyó sin darme siquiera las gracias.

Mi padre había elegido una curiosa manera de confesarme cuál era su profesión. En lugar de explicármela, me había llevado a su lugar de trabajo, al fondo del cual se había lanzado a escondidas con la intención de causarme una impresión todavía mayor. ¡Dichoso Papá! También debía de ser allí donde ensayaba sus lecciones de *no*, ésa era la razón por la cual nunca lo había oído cantar.

Sentada sobre la acera, fabriqué un barco con hojas de *ginkgo* y lo solté en medio de la corriente.

Lo perseguí correteando. ¡Extraños los japoneses, que necesitaban a un belga para sus alcantarillas! Sin duda era en Bélgica donde se encontraban los más eminentes alcantarilleros. En fin, todo aquello no tenía demasiada importancia. El próximo mes celebraría mi tercer aniversario: ¡si por lo menos pudieran regalarme aquel elefante de peluche! Había multiplicado las alusiones para que mis padres comprendieran mi deseo, pero esa gente, a veces, daba muestras de no enterarse de nada.

Si no se hubiera producido la inundación, habría jugado a mi juego favorito, que yo denominaba «el desafío»: consistía en tumbarse en medio de la calle, en cantar mentalmente una canción y en permanecer allí hasta el final del estribillo, sin moverse, ocurriese lo que ocurriese. Siempre me había preguntado si habría permanecido en el supuesto de que hubiera pasado un coche: ¿habría tenido el arrojo de no abandonar mi puesto? Mi corazón latía muy fuerte ante esa idea. Por desgracia, las raras veces que logré zafarme de la vigilancia de los adultos para jugar al desafío, no había pasado ningún vehículo. Así pues, no había podido obtener una respuesta a mi científica pregunta.

Tras aquellas múltiples aventuras mentales, físicas, subterráneas y navales, llegué a casa. Me instalé en la terraza y me puse a hacer girar mi peonza con obstinamiento. No sé cuánto tiempo transcurrió así.

Mi madre acabó por verme.

—Ah, ya habéis vuelto —dijo.

—He vuelto sola.

—¿Y tu padre?

—Está trabajando.

—¿Ha ido al consulado?

—Está en las alcantarillas. Incluso me pidió que te lo dijera.

—¿Qué?

Mi madre saltó dentro del coche y me ordenó que la guiara hasta la alcantarilla en cuestión.

—¡Por fin llegáis! —gimió el alcantarillero.

Como no conseguía subirlo a la superficie, buscó la ayuda de algunos vecinos, uno de los cuales tuvo la feliz idea de coger una cuerda. La lanzó dentro del *miso*. Mi padre fue arrastrado por algunos matasietes. Se formó un grupo de gente para ver emerger al belga anadiómena. Merecía la pena: igual que existen muñecos de nieve, aquél parecía un muñeco de barro. El olor tampoco era excesivamente normal.

Vista la sorpresa general, comprendí que el responsable de mis días no era alcantarillero y que acababa de asistir a un accidente. Aquello me produjo cierta decepción, no sólo porque me parecía divertida la idea de tener familia en el sector de aguas usadas, sino también porque eso suponía regresar a la casilla inicial en mi elucidación del significado de la palabra «cónsul».

La consigna fue dejar de pasear por las calles antes del final del diluvio.

Lo ideal, cuando llueve sin cesar, es, además, ir a nadar. El remedio contra el agua es más agua todavía.

En adelante, me pasaba la vida en el Pequeño Lago Verde. Nishio-san me acompañaba cada día, agarrada a su paraguas: ella no había renunciado a tomar partido en favor de lo seco. Yo, de entrada, había elegido el bando opuesto: salía de casa con el traje de baño puesto para estar mojada antes de nadar. No tener nunca tiempo de secarme, ése era mi lema.

Me tiraba de cabeza al lago y no salía de allí. El momento más hermoso era el chaparrón: ascendía entonces a la superficie para hacer el muerto y recibir la sublime ducha perpendicular. El mundo caía sobre mi cuerpo entero. Abría la boca para tragarme la cascada, no rechazaba ni una sola gota de lo que la lluvia me ofrecía. El universo era generosidad y yo tenía la sed suficiente para beberme hasta el último sorbo.

El agua debajo de mí, el agua encima de mí, el agua dentro de mí: yo era el agua. No era casual que, en japonés, mi nombre incluyera el agua. A su imagen y semejanza, me sentía preciosa y peligrosa, inofensiva y mortal, silenciosa y tumultuosa, odiosa y feliz, dulce y corrosiva, anodina y rara, pura y embargante, insidiosa y paciente, musical y cacofónica, pero, por encima de todo, más que cualquier otra cosa, me sentía invulnerable.

Uno podía protegerse de mí permaneciendo bajo un techo o un paraguas sin que eso me perturbase. A corto o largo plazo, nada podía serme impermeable. Siempre podían reescupirme o blindarse contra mí, de todos modos acabaría por infiltrarme. Ni siquiera en el desierto uno podía estar absolutamente seguro de no encontrarme, y sí, en cambio, estar totalmente seguro de pensar en mí. Uno podía maldecir observando cómo yo continuaba cayendo tras cuarenta días de diluvio sin que eso me

afectase lo más mínimo.

Desde lo alto de mi experiencia antediluviana, sabía que llover constituía la cumbre del placer. Algunas personas habían observado que era recomendable aceptarme, dejarse inundar por mí sin oponer resistencia. Pero lo mejor era ser directamente yo misma, ser la lluvia: no había voluptuosidad mayor que derramarse, llovizna o chaparrón, fustigar los rostros y los paisajes, alimentar los manantiales o desbordar los ríos, estropear las bodas o celebrar los entierros, abatirse con profusión, don o maldición del cielo.

Mi infancia pluvial transcurría en Japón como pez en el agua.

Harta de mi interminable noviazgo con mi elemento, Nishio-san acabó por llamarme:

—¡Sal del lago! ¡Te vas a derretir!

Demasiado tarde. Hacía mucho tiempo que me había derretido.

Agosto. «*Mushiatsui*», se quejaba Nishio-san. En efecto, el calor era el de un baño turco. Licuefacciones y sublimaciones se sucedían a un ritmo insostenible. Mi cuerpo anfibio rebosaba de satisfacción. Debía de ser el único.

A mi padre le parecía infernal tener que cantar con aquel calor. Durante unas representaciones al aire libre, deseaba que la lluvia interrumpiese el espectáculo. Yo también lo deseaba, no sólo porque aquellas horas de *no* me llenaban de aburrimiento, sino sobre todo por la alegría del chaparrón. El estruendo del trueno en la montaña era el ruido más hermoso del mundo.

Jugaba a contarle mentiras a mi hermana. Todo valía con tal que fuera inventado.

—Tengo un burro —le dije.

¿Por qué un burro? Un segundo antes no sabía qué iba a decirle.

—Un burro de verdad —proseguí al azar, con un gran valor frente a lo desconocido.

—¿Qué dices? —acabó por espetarme Juliette.

—Sí. Tengo un burro. Vive en un prado. Lo veo cuando voy al Pequeño Lago Verde.

—No hay ningún prado.

—Es un prado secreto.

—¿Y cómo es tu burro?

—Gris, con unas orejas largas. Se llama Kaniku —inventé.

—¿Cómo sabes que se llama así?

—Yo le puse ese nombre.

—No tienes derecho a hacerlo. No es tuyo.

—Sí, es mío.

—¿Cómo sabes que es tuyo y no de otro?

—Él me lo dijo.

Mi hermana se rió a carcajadas.

—¡Mentirosa! Los burros no hablan.

¡Maldita sea! Me había olvidado de ese detalle. Sin embargo, me obstiné:

—Es un burro mágico que habla.

—No te creo.

—Peor para ti —concluí con altivez.

Me repetía para mis adentros: «La próxima vez debo acordarme de que los animales no hablan».

Volví a la carga:

—Tengo una cucaracha.

Por razones que se me escapan, aquella mentira no surtió ningún efecto.

Intenté una verdad, para probar:

—Sé leer.

—Y qué más.

—Es cierto.

—Sí, seguro.

Bueno. La verdad tampoco funcionaba.

Sin desesperarme, proseguí mi búsqueda de credibilidad.

—Tengo tres años.

—¿Por qué te pasas la vida mintiendo?

—No miento. Tengo tres años.

—¡Dentro de diez días!

—Sí. Casi tengo tres años.

—Casi tres años no es lo mismo que tres años. ¿Ves como te pasas la vida mintiendo?

Tenía que acostumbrarme a aquella idea: no tenía credibilidad. No era grave. En el fondo, me daba lo mismo que me creyeran o no. Yo seguiría inventado para mi propia satisfacción.

Empecé, pues, a contarme historias. Yo, por lo menos, me creía lo que decía.

Nadie en la cocina: una ocasión para no desaprovechar. Salté sobre la mesa e inicié mi ascensión de la cara norte del armario de provisiones. Un pie sobre la caja de té, otro sobre el paquete de galletas, con la mano sujetando el gancho del cucharón, tarde o temprano acabaría por localizar el botín de guerra, el lugar en el que mi madre escondía el chocolate y los caramelos.

Un cofre de hojalata: mi corazón latía como si fuera a salirse de mi pecho. Con el pie izquierdo dentro del paquete de arroz y el derecho sobre las algas secas, hice explotar el cerrojo con la dinamita de mi codicia. Abrí y descubrí, con los ojos como platos, los doblones de cacao, las perlas de azúcar, los ríos de chicle, las diademas de regaliz y las pulseras de nubes. El botín. Me disponía a plantar mi bandera y a contemplar mi victoria desde la cima de aquel Himalaya de jarabe de glucosa y de antioxidante E428 cuando oí unos pasos.

Pánico. Dejando mis piedras preciosas en lo alto del armario, descendí haciendo rappel y me escondí debajo de la mesa. Unos pies hicieron acto de presencia: reconocí las pantuflas de Nishio-san y las *geta* de Kashima-san.

Esta última tomó asiento, mientras que la más joven ponía a calentar agua para el té. Le daba órdenes como a una esclava y, no contenta con su dominación, le decía cosas terribles:

—Está claro que te desprecian.

—No es cierto.

—Salta a la vista. La mujer belga te habla como a una subalterna.

—Aquí sólo hay una persona que me trata como a una subalterna: tú.

—Normal: tú eres una subalterna. Yo no soy hipócrita.

—La señora no es hipócrita.

—Esa manera que tienes de llamarla señora resulta ridicula.

—Ella me llama Nishio-san. El equivalente, en su lengua, es señora.

—A tus espaldas, puedes estar segura de que te llama la chacha.

—¿Cómo lo sabes? No hablas francés.

—Los blancos siempre han despreciado a los japoneses.

—Ellos no.

—¡Qué estúpida eres!

—¡El señor canta *no*!

—¡«El señor»! ¿No te das cuenta de que el hombre belga hace eso para burlarse de nosotros?

—Se levanta cada día al amanecer para acudir a sus clases de canto.

—Es normal que un soldado madrugue para defender su país.

—Es un diplomático, no un soldado.

—Ya vimos para qué sirvieron, los diplomáticos, en 1940.

—Estamos en 1970, Kashima-san.

—¿Y qué? Nada ha cambiado.

—Si son tus enemigos, ¿por qué trabajas para ellos?

—No trabajo. ¿No te has dado cuenta?

—Sí, ya me he fijado. Pero aceptas su dinero.

—Es muy poco comparado con lo que nos deben.

—No nos deben nada.

—Nos han robado el país más hermoso del mundo. Acabaron con él en 1945.

—De todos modos, acabamos ganando. Nuestro país es ahora más rico que el suyo.

—Nuestro país ya no es nada comparado con lo que era antes de la guerra. Tú no conociste aquellos tiempos. Entonces había motivos para sentirse orgulloso de ser japonés.

—Lo dices porque hablas de tu juventud. La idealizas.

—No basta con que uno hable de su juventud para que sea hermoso. Tú, si hablaras de la tuya, resultaría miserable.

—Es cierto. Es porque soy pobre. Antes de la guerra también lo habría sido.

—Antes existía belleza para todos. Para los ricos y para los pobres.

—¿Qué sabes tú?

—Hoy ya no existe belleza para nadie. Ni para los ricos ni para los pobres.

—La belleza no resulta difícil de encontrar.

—Son los restos. Están condenados a desaparecer. Es la decadencia de Japón.

—Eso me suena.

—Ya sé lo que piensas. Aunque no compartas mi opinión, harías bien en preocuparte. Aquí no eres tan apreciada como crees. Eres muy ingenua si no te das cuenta del desprecio que se esconde detrás de su sonrisa. Es normal. La gente de tu origen está tan acostumbrada a ser tratada como un perro que ni siquiera se da cuenta. Yo soy una aristócrata: noto cuando me faltan al respeto.

—Aquí nadie te falta al respeto.

—A mí, no. Les dejé bien claro que más les valía no confundirme contigo.

—El resultado es que yo formo parte de la familia y tú no.

—¿Cómo puedes ser tan estúpida para creer en semejantes cosas?

—Los niños me adoran, sobre todo la pequeña.

—¡Por supuesto! ¡A esa edad sólo son cachorros! ¡Si le das de comer a un cachorro, verás como te quiere!

—Yo los quiero, a esos cachorros.

—Si quieres formar parte de una familia de perros, mejor para ti. Pero no te sorprendas si, un día, también te tratan a ti como a un perro.

—¿Qué quieres decir?

—Yo ya sé lo que me digo —dice Kashima-san, poniendo su tazón de té sobre la mesa, como si quisiera dar por terminada la discusión.

A la mañana siguiente, Nishio-san anunció a mi padre que se despedía.

—Tengo demasiado trabajo, estoy cansada. Debo regresar a casa a ocuparme de mis gemelas. Mis hijas sólo tienen diez años, todavía me necesitan.

Mis padres, abatidos, sólo pudieron aceptar.

Corrí a colgarme del cuello de Nishio-san.

—¡No te vayas! ¡Te lo suplico!

Lloró pero no cambió de resolución. Observé un amago de sonrisa en la comisura de los labios de Kashima-san.

Me apresuré a contarle a mis padres lo que había comprendido de la escena que, desde mi escondrijo, había presenciado. Mi padre, furioso contra Kashima-san, fue a hablar en privado con Nishio-san. Me quedé en brazos de mi madre llorando convulsivamente:

—¡Nishio-san tiene que quedarse conmigo! ¡Nishio-san tiene que quedarse conmigo!

Mamá me explicó con suavidad que, de todos modos, un día tendría que separarme de Nishio-san.

—Tu padre no estará destinado en Japón toda la vida. Dentro de un año, de dos, de tres, nos marcharemos. Y Nishio-san no vendrá con nosotros. Entonces tendrás que hacerte a la idea de separarte de ella.

El universo se hundió bajo mis pies. Acababa de enterarme de tantas abominaciones al mismo tiempo que ni siquiera era capaz de asimilar una sola. Mi madre parecía no darse cuenta de que acababa de anunciarme el Apocalipsis.

Tardé en poder articular un sonido.

—¿No vamos a quedarnos aquí para siempre?

—No. Tu padre será destinado a otro lugar.

—¿Dónde?

—No lo sabemos.

—¿Cuándo?

—Tampoco lo sabemos.

—No. Yo no me marcho. No puedo marcharme.

—¿Ya no quieres vivir con nosotros?

—Sí. Pero vosotros también tenéis que quedaros.

—No tenemos derecho.

—¿Por qué?

—Tu padre es diplomático. Es su profesión.

—¿Y?

—Debe obedecer a Bélgica.

—Pero Bélgica está lejos. Si él la desobedece no podrá castigarlo.

Mi madre se puso a reír. Yo lloraba cada vez más.

—Lo que me has dicho es broma. ¡No nos vamos a marchar!

—No es ninguna broma. Un día nos marcharemos.

—¡No puedo marcharme! ¡Tengo que vivir aquí! ¡Es mi país! ¡Es mi casa!

—¡No es tu país!

—¡Es mi país! ¡Me moriré si me marcho!

Agitaba la cabeza como una loca. Estaba en el mar, había perdido pie, el agua me engullía, me ganaba, perdía los puntos de apoyo, ya no había tierra en ninguna parte, el mundo ya no me quería.

—No, no te morirás.

En efecto: ya me estaba muriendo. Acababa de enterarme de la terrible noticia a la que, un día u otro, todo humano tiene que enfrentarse: lo que amas, lo perderás. «Lo que te ha sido dado te será arrebatado»: así es como me formulaba el desastre que iba a convertirse en el leitmotiv de mi infancia, de mi adolescencia y de las peripecias subsiguientes. «Lo que te ha sido dado te será arrebatado»: tu vida entera se verá marcada por el luto. Luto por el país amado, por las montañas, las flores, la casa, Nishio-san y el idioma que hablas con ella. Y será sólo el primero de una serie de lutos cuya duración ignoras. Luto en el sentido más intenso, ya que nada recuperarás, ya que nada reencontrarás: intentarán engañarte igual que Dios engaña a Job cuando le devuelve otra mujer, otra casa y otros hijos. Por desgracia, no serás lo suficientemente estúpida para dejarte engañar.

—¿Qué es lo que he hecho mal? —dije entre sollozos.

—Nada. No es culpa tuya. Es así.

¡Si por lo menos hubiera hecho algo mal! ¡Si por lo menos aquella atrocidad fuera un castigo! Pero no. Es así porque es así. Que seas o no odiosa no cambia nada. «Lo que te ha sido dado te será arrebatado»: ésa es la norma.

Con casi tres años, uno sabe que un día morirá. No tiene ninguna importancia: ocurrirá dentro de tanto tiempo que será como si no ocurriera. Sólo que, a esa edad, enterarse de que dentro de uno, dos, tres años, uno será expulsado del paraíso, sin siquiera haber desobedecido las consignas supremas, es la enseñanza más dura y más injusta, el origen de infinitos tormentos y angustias.

«Lo que te ha sido dado te será arrebatado»; ¡y si supieras la cantidad de cosas que un día tendrán el descaro de arrebatarte!

Me puse a gritar de desesperación.

En aquel momento, mi padre y Nishio-san reaparecieron. Esta última corrió a cogerme en brazos.

—No te preocupes, me quedo, no me marcho, me quedo contigo, ¡se acabó!

Si me lo hubiera dicho un cuarto de hora antes, habría estallado de alegría. En adelante, sabía que se trataba de una prórroga: el drama quedaba pospuesto para más adelante. Triste consuelo.

Ante el descubrimiento de este futuro expolio, sólo existen dos actitudes posibles: o bien uno decide no encariñarse con las personas y las cosas, con el fin de que la amputación no resulte tan dolorosa; o, por el contrario, uno decide amar todavía más a las personas y las cosas, poner toda la carne en el asador, «ya que no estaremos mucho tiempo juntos, te voy a dar en un año todo el amor que te habría podido dar en una vida».

Ésa fue mi elección inmediata: me abracé a Nishio-san y apreté su cuerpo tanto como me permitían mis inexistentes fuerzas. Eso no impidió que todavía llorase durante largo tiempo.

Kashima-san pasó por allí y presenció la escena: yo abrazada a una Nishio-san aliviada y enternecida. Enseguida comprendió, si no mi espionaje, por lo menos el papel afectivo que había desempeñado en aquel asunto.

Frunció los labios. Vi cómo me lanzaba una mirada de odio.

Mi padre me tranquilizó un poco: nuestra marcha de Japón estaba prevista para dentro de dos o tres años. Para mí, dos o tres años equivalían a la duración de una vida: todavía me quedaba una existencia entera en el país que me había visto nacer. Fue un amargo consuelo, como esos medicamentos que alivian el dolor sin curar al enfermo. Le sugerí al responsable de mis días que cambiara de trabajo. Me respondió que la carrera de alcantarillero no le atraía demasiado.

A partir de entonces viví sumergida en un sentimiento de solemnidad. Aquella misma tarde de la trágica revelación, Nishio-san me llevó a la explanada de juegos; me pasé una hora saltando frenéticamente sobre el pequeño muro del arenal repitiéndome las siguientes palabras:

«¡Tienes que recordar! ¡Tienes que recordar!

»Ya que no siempre vivirás en Japón, ya que serás expulsada del edén, ya que perderás a Nishio-san y la montaña, ya que lo que te ha sido dado te será arrebatado, tienes el deber de recordar todos estos tesoros. El recuerdo tiene el mismo poder que la escritura: cuando ves la palabra “gato” escrita en un libro, su aspecto es muy diferente del minino de los vecinos, que te ha mirado con esos ojos tan hermosos. Y, sin embargo, ver esa palabra escrita te proporciona un placer similar a la presencia del gato, a su dorada mirada dirigida a ti.

»La memoria es igual. Tu abuela murió, pero el recuerdo de tu abuela hace que siga viviendo. Si logras inscribir los tesoros de tu paraíso en la materia de tu cerebro, transportarás en la cabeza si no su milagrosa realidad, sí por lo menos su poder.

»En adelante, sólo vivirás consagraciones. Los momentos que lo merezcan se

verán revestidos de un manto de armiño y serán coronados en la catedral de tu cráneo. Tus emociones serán dinastías».

Llegó finalmente el día de mi tercer cumpleaños. Era el primer aniversario del que tenía conciencia. El acontecimiento me pareció de una importancia planetaria. Aquella mañana me desperté imaginando que Shukugawa sería una fiesta.

Salté sobre la cama de mi hermana, todavía dormida, y la sacudí:

—Quiero que seas la primera en felicitarme.

Me parecía que se sentiría muy honrada. Refunfuñó feliz cumpleaños y se dio la vuelta con ademán descontento.

Me alejé de aquella ingrata y bajé a la cocina. Nishio-san estuvo perfecta: se arrodilló ante la niña-dios que yo era y me felicitó por mi proeza. Tenía razón: cumplir tres años no estaba al alcance de cualquiera.

Luego se prosternó ante mí. Experimenté una alegría intensa.

Le pregunté si los lugareños iban a acudir a aclamarme a mi casa o si era yo quien debía salir a pasear por la calle para recibir sus aplausos. Nishio-san tuvo un instante de perplejidad antes de encontrar la siguiente respuesta:

—Estamos en verano. La gente está de vacaciones. De no ser así, habrían organizado un festival en tu honor.

Pensé que era mejor para mí. Sin duda, semejantes fastos me habrían agotado. Nada mejor que la intimidad para celebrar mi triunfo. Mientras recibiera mi elefante de peluche, la jornada alcanzaría la cumbre de su fasto.

Mis padres me anunciaron que recibiría mi regalo a la hora de la merienda. Hugo y André me comunicaron que, excepcionalmente, se abstendrían de incordiarme durante un día. Kashima-san no me dijo nada.

Pasé las horas que siguieron en un estado de alucinada impaciencia. Aquel elefante sería el regalo más fabuloso que me hubieran ofrecido en mi vida. Me interrogaba acerca de la longitud de su trompa y el peso que tendría una vez en mis brazos.

Bautizaría aquel elefante con el nombre de Elefante: sería un hermoso nombre para un elefante.

A las cuatro de la tarde me llamaron. Llegué a la mesa de la merienda con unos latidos del corazón que alcanzaban el grado 8 de la escala de Richter. No vi ningún paquete. Debía de estar escondido.

Formalidades. Pastel. Tres velas encendidas que soplé para despachar el asunto.

Canciones.

—¿Dónde está mi regalo? —terminé por preguntar.

Mis padres esbozaron una sonrisa taimada.

—Es una sorpresa.

Inquietud:

—¿No es lo que había pedido?

—¡Es mejor!

No existía nada mejor que un paquidermo de peluche. Me temí lo peor.

—¿Qué es?

Me condujeron hasta el pequeño estanque de piedra del jardín.

—Mira dentro del agua.

Tres carpas vivas jugueteaban en su interior.

—Hemos observado que sentías pasión por los peces y en particular por las carpas. Así que te hemos comprado tres: una por año. Es una buena idea, ¿verdad?

—Sí —respondí con educada consternación.

—La primera es naranja, la segunda verde, la tercera plateada. ¿No te parece encantador?

—Sí —dije pensando cuán inmundo resultaba.

—Tú te ocuparás de ellas. Te hemos preparado un stock de galletas de arroz abuñuelado: las cortas en trocitos y se las tiras, así. ¿Estás contenta?

—Mucho.

Infierno y maldición. Habría preferido que no me regalasen nada.

No era tanto por cortesía por lo que había mentido. Era porque ningún lenguaje conocido podría haberse acercado a la magnitud de mi despecho, porque ninguna expresión habría podido llegarle a la suela del zapato a mi decepción.

A la infinita lista de preguntas humanas sin respuesta, hay que añadirle ésta: ¿qué pasa por la cabeza de los padres bien intencionados cuando, no satisfechos con hacerse ideas asombrosas respecto a sus hijos, toman iniciativas en su lugar?

Cuando uno es pequeño, es tradicional preguntarle qué quiere ser de mayor. En mi caso, resulta más interesante formularles la pregunta a mis padres: sus sucesivas respuestas dan la imagen exacta de lo que nunca quise ser.

Cuando tenía tres años, proclamaban «mi» pasión por la cría de carpas. Cuando cumplí siete años, anunciaron «mi» decisión de ingresar en la carrera diplomática. Mis doce años vieron acrecentarse su convicción de tener por retoño a un líder político. Y cuando cumplí diecisiete años declararon que sería la abogada de la familia.

A veces les preguntaba de dónde procedían aquellas extrañas ideas. A lo cual me respondían, siempre con el mismo aplomo, que «saltaba a la vista» y que «era la opinión de todo el mundo». Y cuando quería saber quién era «todo el mundo», ellos

decían:

—¡Pues todo el mundo!

No había que contrariar su buena fe.

Volvamos a mis tres años. Ya que mi madre y mi padre tenían para mí proyectos en el mundo de la piscicultura, me apliqué con benevolencia filial a mimar los signos externos de ictofilia.

Con mis lápices de colores, en mis cuadernos de dibujos, me puse a crear peces a miles, con aletas grandes, pequeñas, múltiples, ausentes, escamas verdes, rojas, azules con lunares amarillos, naranjas con rayas malvas.

—¡Hicimos bien en regalarle las carpas! —decían mis padres encantados al contemplar mis obras.

Aquella historia habría resultado cómica de no haber sido por mi deber cotidiano de alimentar a aquella acuática fauna.

Acudía a la despensa a buscar algunas galletas de arroz abuñuelado. Y, de pie junto al estanque de piedra, desmenuzaba aquel alimento aglomerado y lo lanzaba al agua con calibre de palomita.

Resultaba más bien divertido. El problema era que aquellos asquerosos bichos acudían a la superficie, con la jeta abierta, para zamparse su jalancia.

La visión de aquellas tres bocas sin cuerpo emergiendo del estanque para comer me dejaba estupefacta de repugnancia.

Mis padres, siempre sobrados de buenas ideas, me dijeron:

—Tu hermano, tu hermana y tú sois tres, igual que las carpas. Podrías llamar André a la tercera, Juliette a la verde, y la plateada llevaría tu nombre.

Encontré un amable pretexto para evitar aquel desastre onomástico.

—No. Hugo se pondría triste.

—Es cierto. ¿Podríamos comprar una cuarta carpa?

Rápido, inventar algo, lo que sea.

—No. Ya las he bautizado.

—Ah. ¿Y cómo las has llamado?

«¿Qué es lo que se agrupa en forma de a tres, por cierto?», me pregunté a la velocidad del rayo. Respondí:

—Jesús, María y José.

—¿Jesús, María y José? ¿No te parecen unos nombres muy curiosos para unos peces?

—No —afirmé.

—¿Y quién es quién?

—El naranja es José, el verde es María y el plateado es Jesús.

Mi madre acabó riéndose ante la idea de que una carpa pudiera llamarse José. Mi bautizo fue aceptado.

Adquirí la costumbre de acudir a alimentar aquella trinidad cada día hacia las doce, cuando el sol estaba en lo más alto del cielo. Cual sacerdotisa piscícola, bendecía la galleta de arroz, la desmenuzaba y la lanzaba al agua diciendo:

—Éste es mi cuerpo y yo os lo ofrezco.

Las sucias jetas de Jesús, María y José se presentaban de inmediato. Entre un gran estruendo de agua fustigada por los golpes de sus aletas, se lanzaban sobre su pitanza, se peleaban por tragarse lo antes posible aquella porquería de jalancia.

¿Tan buena era como para justificar semejantes disputas? Mordisqueé aquella especie de frigolito: no sabía a nada. Igual que comer pasta de papel.

Y, sin embargo, había que ver cómo aquellos besugos de peces luchaban por aquel maná que, hinchado por el líquido, debía de resultar simple y llanamente infecto. Aquellas carpas me inspiraban un desprecio infinito.

Me esforzaba, dispersando el arroz aglomerado, por mirar lo menos posible las jetas de aquella masa. Las de los humanos que comen ya constituyen un espectáculo lamentable, pero no eran nada comparadas con las bocas de Jesús, María y José. Una boca de alcantarilla habría resultado más apetitosa. El diámetro de su orificio era casi idéntico al diámetro de su cuerpo, lo cual habría podido hacer pensar en la sección de una tubería de no haber sido por sus labios piscícolas, que me miraban con mirada de labios, ¡esos labios desagradables que se abrían y cerraban con un ruido obsceno, esas bocas en forma de salvavidas que se zampaban mi comida antes de devorarme a mí!

Me acostumbré a realizar aquella tarea con los ojos cerrados. Era una cuestión de supervivencia. Mis manos de ciego desmenuzaban la galleta y la lanzaban hacia adelante, al azar. Una salva de «pluf pluf glup glup» me indicaba que la trinidad, al igual que una población hambrienta, había seguido el rastro de mis experimentos de balística alimentaria. Incluso sus ruidos resultaban innobles, pero me habría sido imposible taparme los oídos.

Fue aquélla la primera vez que sentí asco. Es curioso. Antes de la edad de tres años, recuerdo haber contemplado ranas atropelladas, haber moldeado cerámica artesanal con mis heces, haber analizado con detalle el contenido del pañuelo de mi hermana acatarrada, haber puesto mi dedo sobre un trozo de hígado crudo de ternera, todo ello sin un ápice de repulsión, animada por una noble curiosidad científica.

Así que ¿por qué la boca de las carpas provocaba en mí aquel vértigo horrorizado, aquella consternación de los sentidos, aquellos sudores fríos, aquella mórbida obsesión, aquellos espasmos del cuerpo y de la mente? Misterio.

A veces pienso que nuestra única especificidad individual radica precisamente en esto: dime lo que te da asco y te diré quién eres. Nuestras personalidades son nulas, nuestras inclinaciones resultan a cual más banal. Sólo nuestras repulsiones nos definen realmente.

Diez años más tarde, estudiando latín, me tropecé con la siguiente frase: *Carpe diem*.

Antes de que mi cerebro pudiera analizarla, un viejo instinto interior ya había traducido: «Una carpa al día». Repugnante adagio donde los haya, que resumía mi calvario de antaño.

La traducción correcta era, por supuesto, «Goza del día». ¿Goza del día? ¡Qué te crees tú eso! ¿Cómo quieres gozar de los frutos de lo cotidiano cuando, antes del mediodía, sólo piensas en el suplicio que te espera y si, por la tarde, te machaca lo que has visto?

Intenté no pensar en ello. Por desgracia, no existía aprendizaje más difícil. Si fuéramos capaces de dejar de pensar en nuestros problemas, seríamos una especie feliz.

Era tanto como decirle a Santa Blandine, en la fosa de su martirio: «¡Venga, no pienses en los leones, venga!».

Comparación fundada: cada vez más, tenía la impresión de que era mi propia carne la que alimentaba las carpas. Adelgacé. Tras la comida de los peces, me llamaban para comer; no podía probar bocado.

De noche, en mi cama, la oscuridad se poblaba de bocas abiertas. Bajo mi almohada, lloraba de terror. La autosugestión era tan intensa que los enormes cuerpos escamosos y flexibles me acompañaban entre las sábanas, me abrazaban, y su jeta bezuda y fría me morreaba. Era la impúber amante de fantasmas pisciformes.

¿Jonás y la ballena? ¡Menuda broma! Estaba a buen recaudo en el vientre cetáceo. Si por lo menos hubiera podido servir de relleno de la panza de la carpa, habría estado a salvo. No era su estómago lo que me repugnaba, sino su boca, el movimiento de válvula de sus mandíbulas que me violaba los labios durante eternidades nocturnas. A fuerza de frecuentar criaturas dignas de Jerónimo Bosco, mis insomnios, antaño maravillosos, se convirtieron en un martirio.

Angustia añadida: de tanto padecer los besos piscícolas, ¿acaso iba a cambiar de especie? ¿No iba a convertirme en pez? Mis manos recorrían mi cuerpo, al acecho de alucinantes metamorfosis.

Decididamente, tener tres años no traía nada bueno. Los nipones tenían razón al situar en esa edad el final de la edad divina. Algo —¡tan pronto!— se había perdido, más valioso que todo y que no se recuperaba jamás: una forma de confianza en la perennidad benevolente del mundo.

Les había oído comentar a mis padres que pronto iría al parvulario japonés: una intención que sólo auguraba desastres. ¿Cómo? ¿Abandonar el paraíso? ¿Unirme a un rebaño de niños? ¡Menuda ocurrencia!

Y había algo más grave. Incluso en el mismo seno del jardín, se detectaba cierta inquietud. La naturaleza había alcanzado una especie de saturación. Los árboles eran demasiado verdes, demasiado frondosos, la hierba era demasiado rica, las flores explotaban como si se hubieran alimentado demasiado. Desde la segunda mitad del mes de agosto, las plantas rebosaban del mohín ahíto de la mañana siguiente a una orgía. La fuerza vital que yo había experimentado, contenida en cada cosa, se estaba convirtiendo en pesadez.

Sin saberlo, veía revelarse dentro de mí una de las leyes más terribles del universo: lo que no avanza retrocede. Existe el crecimiento y existe la decadencia; entre ambos no hay nada. El apogeo no existe. Se trata de una ilusión. Así, no había verano. Existía una larga primavera, un aumento espectacular de las savias y de los deseos: pero a partir del momento en que aquel crecimiento terminaba, comenzaba la decadencia.

A partir del quince de agosto, la muerte gana la partida. Es cierto que ninguna hoja da la menor señal de chamuscarse; es verdad que los árboles siguen siendo tan frondosos y que su inminente alopecia resulta inimaginable. Las plantas abundan más que nunca, los arriates prosperan, todo huele a edad de oro. Y, sin embargo, no se trata de la edad de oro, por la simple razón de que la edad de oro es imposible, por la simple razón de que la estabilidad no existe.

A los tres años, no sabía nada de todo eso. Me hallaba a años luz del rey que, al morir, grita: «Lo que debe terminar ya ha terminado». Habría sido incapaz de formular los términos de mi angustia. Pero sentía, sí, sentía que se preparaba la agonía. La naturaleza había ido demasiado lejos: aquello escondía algo.

Si lo hubiera comentado con alguien, me habrían explicado el ciclo de las estaciones. A los tres años, uno no recuerda el año anterior, todavía no ha podido

constatar el eterno retorno de lo idéntico, y una nueva estación constituye un desastre irreversible.

A los dos años, uno no se da cuenta de estos cambios y no les da ninguna importancia. A los cuatro, uno los detecta, pero el recuerdo del año precedente los banaliza y desdramatiza. A los tres años, la ansiedad es absoluta; uno lo ve todo y no comprende nada. No existe jurisprudencia mental que consultar para tranquilizarse. A los tres años uno tampoco tiene el reflejo de preguntar en busca de una explicación: uno no es forzosamente consciente de que los mayores tienen más experiencia, y puede que en eso no se equivoque.

A los tres años, uno es un marciano. Resulta apasionante pero terrorífico ser un marciano recién llegado a la Tierra. Uno observa los fenómenos inéditos, opacos. No posee ninguna llave. Hay que inventarse leyes a partir de estas únicas observaciones. Hay que ser aristotélico durante veinticuatro horas al día, lo cual resulta particularmente extenuante cuando uno nunca ha oído hablar de los griegos.

Una golondrina no hace verano. A los tres años, a uno le gustaría saber a partir de qué cantidad de golondrinas se puede creer en algo. Una flor marchita no hace otoño. Dos cadáveres de flores tampoco, sin duda. Eso no impide que la inquietud se instale. ¿A partir de cuántas agonías florales uno deberá, en su cabeza, activar la señal de alarma de la muerte en camino?

Cual Champollion de un creciente caos, me encerré a solas con mi peonza. Sentía que aquel objeto estaba en posesión de informaciones cruciales que ofrecerme. Por desgracia, no comprendía su idioma.

Finales de agosto. Mediodía. Es la hora del suplicio. Ve a dar de comer a las carpas.

Ánimo. Ya lo has hecho tantas veces. Has sobrevivido. Sólo es un mal rato que hay que pasar.

Cojo las galletas de arroz en la despensa. Me acerco al estanque de piedra. El sol perpendicular hace centellear el agua como si fuera aluminio. La superficie lisa y brillante no tarda en verse maleada por tres saltos sucesivos: Jesús, María y José me han visto y saltan, que es su modo de anunciar que la comida está lista.

Cuando han terminado de tomarse por peces voladores —lo cual, teniendo en cuenta su grosor, resulta totalmente obsceno—, instalan sus jetas abiertas a ras de agua y aguardan.

Les lanzo trozos de comida. El ramillete de bocas se abalanza. Los tubos abiertos engullen. Una vez han deglutido, reclaman todavía más. Su garganta está tan abierta que si uno se inclinara un poco podría verles hasta el estómago. Mientras continúo distribuyendo la pitanza, me siento cada vez más obnubilada por lo que me muestra esa trinidad: normalmente, las criaturas esconden el interior de su cuerpo. ¿Qué ocurriría si la gente exhibiera sus entrañas?

Las carpas han transgredido este tabú primordial: me imponen la visión de su tubo digestivo a la intemperie.

¿Te parece repugnante? En el interior de tu vientre ocurre lo mismo. Si este espectáculo te obsesiona tanto, quizás es porque te reconoces en él. ¿Acaso crees que tu especie es diferente? Los tuyos comen menos suciamente, pero comen, y en el interior de tu madre, de tu hermano, también ocurre algo parecido.

¿Y tú, qué te crees? Eres un tubo procedente de otro tubo. Estos últimos tiempos has tenido la gloriosa sensación de evolucionar, de convertirte en materia pensante. Bagatelas. ¿Acaso la boca de las carpas te pondría tan enferma si no vieras en ellas un innoble reflejo de ti misma? Recuerda que eres tubo y en tubo te convertirás.

Hago callar esa voz que me dice cosas terribles. Hace dos semanas que, cada mediodía, me enfrento al estanque de los peces y constato que, lejos de acostumbrarme a esa abominación, cada vez me afecta más. ¿Y si esa repugnancia, que había considerado una débil menudencia, un capricho, fuese un mensaje sagrado? En ese caso, tengo que enfrentarme a él para comprenderlo. Tengo que dejar que hable la voz.

Mira, pues. Mira con los ojos bien abiertos. La vida es lo que ves: membrana, tripas, un agujero sin fondo que exige ser rellenado. La vida es ese tubo que engulle y que permanece vacío.

Mis pies están junto al estanque. Los observo con recelo, ya no me fío de ellos. Mis ojos se levantan y contemplan el jardín. Ya no es aquel cofre que me protegía, aquel recinto de perfección. Contiene la muerte.

Entre la vida —bocas de carpas que engullen— y la muerte —vegetales en lenta putrefacción—, ¿qué eliges? ¿Qué es lo que te da menos ganas de vomitar?

Ya no reflexiono. Tiemblo. Mis ojos vuelven a las jetas de los animales. Tengo frío. Siento náuseas. Me flojean las piernas. No lucho. Hipnotizada, me dejo caer en el estanque.

Mi cabeza se golpea contra el fondo de piedra. Casi inmediatamente, el dolor del golpe desaparece. Mi cuerpo, convertido en algo independiente a mi voluntad, se da la vuelta, y me encuentro en posición horizontal, a media profundidad, como si hiciera el muerto un metro debajo del agua. Y allí permanezco, inmóvil. La calma se restablece a mi alrededor. Mi angustia se ha hundido. Me siento muy bien.

Es curioso. La última vez que me ahogué sentía dentro de mí una rebelión, una rabia, una intensa necesidad de librarme de todo aquello. Esta vez, en absoluto. Es cierto que lo he elegido. Ni siquiera noto que me falte el aire.

Deliciosamente serena, contemplo el cielo a través de la superficie del estanque. La luz del sol nunca resulta tan hermosa como vista desde debajo del agua. Es algo que ya pensé durante mi primer ahogamiento.

Me siento bien. Nunca me había sentido mejor. Visto desde aquí, el mundo me parece perfecto. El líquido me ha digerido hasta tal punto que ya no provoco ni un solo remolino. Asqueadas por mi intrusión, las carpas se mantienen agazapadas en un

rincón y no se mueven. El fluido ha cuajado en una calma de aguas muertas que me permite contemplar los árboles del jardín como a través de un gigantesco monóculo. Elijo mirar exclusivamente los bambúes: nada, en nuestro universo, merece ser tan admirado como los bambúes. El metro de espesor acuático que me separa de ellos exalta su belleza.

Sonrío de felicidad.

De repente, algo se interpone entre los bambúes y yo: una débil silueta humana aparece y se inclina hacia mí. Pienso con disgusto que esa persona intentará repescarme. Una ya no puede ni suicidarse tranquila.

Pero no. El prisma del agua me va revelando lentamente los rasgos del ser humano que ha descubierto mi presencia: se trata de Kashima-san. Inmediatamente dejo de sentir miedo. Es una auténtica japonesa de antaño y, además, me odia: dos buenas razones para que no me salve.

Efectivamente. El rostro elegante de Kashima-san se mantiene impasible. Sin moverse, me mira fijamente a los ojos. ¿Acaso se da cuenta de que estoy contenta? No lo sé. A saber lo que puede pasar por la cabeza de una japonesa de antaño.

De una cosa estoy segura: esa mujer dejará mi muerte a salvo.

A medio camino entre el más allá y el jardín, empiezo a hablar, en silencio, dentro de mi cráneo:

«Sabía que acabaríamos entendiéndonos, Kashima-san. Ahora todo va bien. Cuando me estaba ahogando en el mar y veía a la gente que, desde la playa, me miraba sin intentar salvarme, me ponía enferma. Ahora, gracias a ti, los comprendo. Permanecían tan tranquilos como lo estás tú. No querían perturbar el orden universal, el cual exigía mi muerte a causa del agua. Sabían que salvarme resultaría inútil. El que debe morir ahogado morirá ahogado. La prueba es que mi madre me sacó del agua y ahora vuelvo a estar aquí».

¿Se trata de una ilusión? Me parece que Kashima-san está sonriendo.

«Haces bien en sonreír. Cuando el destino de alguien se cumple, hay que sonreír. Me alegra saber que no volveré nunca más a dar de comer a las carpas y que no abandonaré nunca Japón».

Esta vez lo veo con claridad: Kashima-san sonríe —¡por fin me sonríe!— y se aleja sin darse prisa. A partir de ese momento, me quedo a solas con la muerte. Sé con certeza que Kashima-san no avisará a nadie. No me equivoco.

Diñarla requiere su tiempo. Hace una eternidad que estoy entre dos aguas. Vuelvo a pensar en Kashima-san. Nada resulta más fascinante que la expresión de un ser humano que os mira morir sin intentar salvaros. Le habría bastado con meter la mano en el estanque para devolverme a la vida de niña de tres años. Pero si lo hubiera hecho, no habría sido Kashima-san.

De todo lo que me está ocurriendo, lo que más me alivia es que ya no volveré a tenerle miedo a la muerte.

En 1945, en Okinawa, isla del sur del Japón, ocurrió, ¿qué? No encuentro las palabras para describir aquello.

Fue justo después de la capitulación. Los habitantes de Okinawa sabían que la guerra estaba perdida y que los americanos, que ya habían desembarcado en su isla, iban a avanzar sobre su territorio entero. También sabían que la nueva consigna era no luchar.

Allí se acababa su información. Poco antes, sus jefes les habían dicho que los americanos los matarían a todos: los insulares se habían quedado con esa convicción. Y cuando los soldados blancos empezaron a avanzar, la población empezó a retroceder. Y fueron retrocediendo a medida que el enemigo victorioso iba ganando terreno. Y llegaron al extremo de la isla, que terminaba en un alto y abrupto acantilado dominando el mar. Y como estaban convencidos de que iban a matarles, la inmensa mayoría de ellos se lanzó hacia la muerte desde lo alto del promontorio.

El acantilado era muy elevado y, debajo, la orilla estaba erizada de afilados arrecifes. Ninguno de los que se precipitó al vacío sobrevivió. Cuando los americanos llegaron, se quedaron horrorizados ante lo que vieron.

En 1989 visité aquel acantilado. Nada, ni siquiera una pancarta, recuerda lo que allí ocurrió. Miles de personas se suicidaron durante horas sin que el lugar parezca sentirse afectado. El mar engulló los cuerpos que se habían despachurrado contra las rocas. En Japón, el agua sigue siendo una causa de muerte más corriente que el *seppuku*.

Resulta imposible permanecer en ese lugar sin intentar ponerse en la piel de los que se lanzaron a aquella muerte colectiva. Es probable que muchos se suicidaran por temor a ser torturados. También resulta verosímil que el esplendor de aquel lugar animara a otros a cometer aquel acto que simbolizaba la soberbia patriótica.

Eso no quita que la ecuación primera de aquella hecatombe sea la siguiente: desde lo alto de aquel magnífico acantilado, miles de personas se mataron porque no querían que les mataran, miles de personas se lanzaron hacia la muerte porque le tenían miedo a la muerte. Hay aquí una lógica de la paradoja que me deja estupefacta.

No se trata de aprobar o desaprobar un gesto semejante. No les sirve de nada, por otra parte, a los cadáveres de Okinawa. Pero insisto en pensar que la mejor razón para el suicidio es el miedo a la muerte.

A los tres años no vi nada de todo aquello. Espero a palmarla en el estanque de las carpas. Debo de estar aproximándome al gran momento, ya que veo cómo mi vida empieza a desfilar ante mí. ¿Acaso es porque mi vida es corta? No consigo ver los detalles de mi existencia. Es como cuando uno viaja en un tren tan rápido que no consigue leer los nombres de las estaciones teóricamente sin importancia. Me da lo mismo. Me sumerjo en una maravillosa ausencia de angustia.

La tercera persona del singular retoma poco a poco posesión del «yo», que me

sirvió durante seis meses. La cosa cada vez menos viva siente que vuelve a convertirse en el tubo que quizás nunca dejó de ser.

Pronto, el cuerpo no será más que tubo. Se dejará invadir por el elemento adorado que proporciona la muerte. Finalmente liberado de sus funciones inútiles, la canalización dejará paso al agua, a nada más.

De repente, una mano agarra el bulto yaciente por la piel del cuello, lo sacude y lo devuelve brutalmente, dolorosamente, a la primera persona del singular.

El aire penetra en mis pulmones, que habían creído ser branquias. Me duele. Grito. Estoy viva. Recupero los ojos. Veo que es Nishio-san la que me ha sacado del agua.

Grita, pide ayuda. Ella también está viva. Corre hacia la casa llevándome en brazos. Encuentra a mi madre, que, al verme, exclama:

—¡Rápido, vamos al Hospital de Kobe!

Nishio-san la acompaña corriendo hasta el coche. En una mezcla de japonés, de francés, de inglés y de gemidos, le chapurrea en qué estado me ha repescado.

Mamá me lanza sobre el asiento trasero y arranca. Circula a toda pastilla, lo que resulta absurdo cuando uno intenta salvar la vida de alguien. Debe de pensar que estoy inconsciente, ya que me cuenta lo que me ha ocurrido:

—Estabas dando de comer a los peces, has resbalado y te has caído al estanque. En circunstancias normales, habrías nadado sin ningún problema. Pero en tu caída tu frente ha chocado contra el fondo de piedra y has perdido el conocimiento.

La escucho con perplejidad. Sé perfectamente que eso no es lo que me ha ocurrido.

Insiste preguntándome:

—¿Me entiendes?

—Sí.

Entiendo que no tengo que decirle la verdad. Entiendo que vale más limitarse a esa versión oficial. De hecho, ni siquiera veo con qué palabras podría contarle eso. No conozco el término suicidio.

Hay, sin embargo, algo que deseo dejar claro:

—¡No quiero dar de comer a las carpas nunca más!

—Pues claro. Te comprendo. Te da miedo volverte a caer al agua. Te prometo que no volverás a darles de comer.

Por lo menos, algo hemos salido ganando. Mi gesto no habrá sido en vano.

—Te cogeré en brazos e iremos juntas a darles de comer.

Cierro los ojos. Vuelta a empezar.

En el hospital, mi madre me lleva a urgencias. Dice:

—Tienes un agujero en la cabeza.

Eso sí es noticia. Estoy encantada y quiero saber más:

—¿Dónde?

—En la frente, donde te has dado el golpe.

—¿Un agujero grande?

—Sí: estás perdiendo mucha sangre.

Me pone los dedos sobre la sien y me los muestra cubiertos de sangre. Fascinada, meto mi dedo índice en la herida abierta, sin saber que estoy subrayando mi propia locura.

—Siento una fuente.

—Sí. Se te ha abierto la piel.

Contemplo mi sangre con deleite.

—¡Quiero verme en un espejo! ¡Quiero ver el agujero de mi cabeza!

—Cálmate.

Las enfermeras se ocupan de mí y tranquilizan a mi madre. No escucho lo que dicen. Pienso en el agujero de mi frente. Ya que no me dejan verlo, lo imagino. Imagino mi cráneo agujereado a un lado. Me estremezco de éxtasis.

Vuelvo a poner el dedo: quiero entrar por el agujero en mi cabeza y explorar el interior. Una enfermera me toma suavemente la mano para impedírmelo. Uno no puede poseer ni siquiera su propio cuerpo.

—Vamos a coserte la frente —dice mi madre.

—¿Con hilo y aguja?

—Más o menos.

No recuerdo que me durmieran. Todavía me parece estar viendo al médico encima de mí, con un enorme hilo negro y una aguja, cosiendo el ojal de mi sien, como un costurero retocando un modelo ante la misma cliente.

Así terminó lo que fue mi primera —y hasta el día de hoy, única— tentativa de suicidio.

Nunca les conté a mis padres que no fue un accidente.

Tampoco les conté la extraña ausencia de reacción de Kashima-san. Sin duda le habría ocasionado problemas. Me odiaba y debió de sentirse satisfecha con mi próxima muerte. Sin embargo, no excluyo la posibilidad de que sospechara la auténtica naturaleza de mi gesto y respetara mi elección.

¿Acaso experimentaba despecho por continuar con vida? Sí. ¿Me sentía aliviada de que me hubieran repescado a tiempo? Sí. Opté, pues, por la indiferencia. Me daba lo mismo, en el fondo, estar viva o muerta. Aquello sólo significaba un aplazamiento.

Todavía hoy, soy incapaz de responder con seguridad a la siguiente pregunta: ¿habría sido mejor que el camino terminase a finales de agosto de 1970 en el estanque de las carpas? ¿Cómo saberlo? La existencia nunca me ha molestado, ¿pero

quién me asegura que, en el otro lado, todo habría sido más interesante?

No tenía demasiada importancia. De todos modos, la salvación sólo es una escapatoria. Un día, ya no será posible andarse con dilaciones, y ni siquiera las personas mejor intencionadas del mundo podrán hacer nada.

Lo que recuerdo con certeza es que, cuando estaba entre dos aguas, me sentía bien.

A veces me pregunto si no estaba soñando, si aquella aventura iniciática no era un espejismo. Entonces me miro al espejo y veo, sobre mi sien izquierda, una cicatriz de una admirable elocuencia.

Luego ya no volvió a ocurrir nada más.